AÑO XXVI — Nº 1270.

EL DIA

MONTEVIDEO, MAYO 19 DE 1957.

Suplemento Dominical fundado por Don Lorenzo Batlle Pacheco el 2 de octubre de 1932



DESPEDIDA AL DOCTOR PALACIOS.
(Fotografía Juan Caruso)

El pueblo uruguayo tributó numerosos homenajes al doctor Alfredo L. Palacios, despidiéndole de su función diplomática en el Uruguay. Se refiere esta nota al realizado en la sala magna del Ateneo, rodeado de niñas de la Escuela República Argentina.

EL CRUCE DE LOS RIOS EN LA BANDA ORIENTAL



Don Nicolás del Campo, Marqués de Loreto, interesábase en asegurar el paso del Yi, por razones de buen gobierno.

CUANDO en un avión se salva la distancia Montevideo-Salto en unos pocos minutos sobrevolando los ríos Santa Lucía, Negro, Queguay y Daymán; o cuando tomando un automóvil en pleno centro de la capital se arriba a Durazno en poco más de dos horas luego de haber cruzado el largo puente de Paso del Pache, es imposible detener el pensamiento en vuelo retrospectivo para reconstruir el desarrollo de las relaciones humanas en aquellos lejanos años de los siglos XVII y XVIII durante los cuales la Banda Oriental, muy lentamente, íbase poblando a través de tres corrientes humanas que la penetraban por las fronteras marítimas y terrestres.

La franja litoral extendida desde la margen izquierda del río Negro al Chuy, jalonada en sus puntos extremos por una población: Santo Domingo de Soriano y un fuerte: Santa Teresa, con centros poblados estables como Colonia, Montevideo, San José, Maldonado, recibía el aporte de vecinos de la banda occidental o el accidental de familias españolas que destinadas a poblar las costas patagónicas se vieron impedidas de continuar al destino prefijado y fueron a nutrir el censo de San Carlos, San José, Minas. Esta corriente pobladora —fundamentalmente la arraigada dentro de la jurisdicción de Montevideo— comenzó desde hora temprana a penetrar el territorio en busca de más tierras de labor, extendiéndose hasta las márgenes del Yi y aún hasta la costa Sur del Negro.

Las tierras ubicadas al Norte de este río, eran casi un desierto propicio a la natural reproducción del ganado y a las correrías de quienes encontraban en el abigeato —si corresponde el calificativo a la apropiación de ganados sin dueño localizable— un medio de vida y de enriquecimiento.

A través del río Uruguay penetraban para faenar vacunos o para establecerse en las tierras del Noroeste, gente de Entre Ríos y Corrientes en tanto que la abierta y desguarnecida frontera terrestre del Noreste facilitaba la penetración de los portugueses hasta los actuales departamentos de Tacuarembó y Cerro Largo.

Si la presencia del río Uruguay que facilitaba las comunicaciones y el intercambio con Buenos Aires y Montevideo mantenía la existencia de algunos centros poblados —Salto, Paysandú, Espinillos, Víboras— no sucedía lo mismo con la parte mediterránea del territorio, donde ni núcleos urbanos ni guardias o fortines militares marcaban con su presencia una meta o establecían un sistema de vida disciplinada, derivando orden y estabilidad dentro de un área de influencia.

Lo dicho hace suponer lo que serían las vías de comunicación. No hablemos de caminos a menos que por tal entendamos sendas naturales, prolongadas franjas de tierra que aprovechaban de los favorables accidentes geográficos para facilitar un desplazamiento. Tierras altas de cuchillas; ausencia o mínima presencia de cursos de agua determinaban en el territorio las rutas de circulación jalonadas por la presencia de elementos naturales: el bosque, el vado, la piedra alta, que grabados en la memoria infalible del baqueano aseguraban la continuidad de la ruta en la extensión de las campiñas grávidas de soledad. Cuando se escriba el historial de nuestros caminos surgirán páginas magníficas de la evolución económica y social de nuestra tierra.

Dos rutas fundamentales penetraban la Banda Oriental partiendo de Montevideo, el centro de mayor importancia integral. Una iba hacia el Este, hasta los confines hispánicos, pasando por Pando, Mosquitos, Solís Grande, San Carlos, José Ignacio, Castillos, Santa Teresa. La otra se dirigía hacia el Oeste por Piedras, Canelones, San José, Rosario y Colonia.

De la primera derivaba un ramal que pasando por Melo llegaba hasta el fuerte de Santa Tecla; de la segunda bifurcábase otro que siguiendo hacia el NW. atravesaba el Río Negro aproximándose al Uruguay. Es la ruta del éxodo de 1811 por donde emigrando las familias de la tierra oriental se realiza el encuentro del pueblo oriental.

Pero cualquier ruta que se siguiera para comunicar Montevideo con el interior del territorio, encontraba un curso de agua en territorio tan abundantemente regado como consecuencia de su morfología. En camino hacia el Oeste, el Santa Lucía ancho y caudaloso; luego el San José. Hacia el Este, los arroyos Pando y los dos Solís, grande y chico.

El cruce del río Santa Lucía era el más difícil y por lo tanto el primero que exigió solución luego de fundada Montevideo, a cuyo efecto se habilitó un servicio de botes en un lugar próximo al actual emplazamiento del puente carretero, punto conocido hasta mediado el siglo XVIII por "paso de la Guardia", ya que allí se mantenía un servicio de vigilancia que atendió por años un corto destacamento del Cuerpo de Blandengues de Buenos Aires.

No tenemos la fecha cierta de la iniciación de este servicio, y dejando de lado informaciones que no podemos reunir en una noticia orgánica, arrancaremos nuestra crónica del 22 de junio de 1779, día en que Antonio de Areta y José de Berasegui, patrón y marinero destinados al servicio del paso, firmaron documento de recepción del bote que había de asegurar el tránsito. Y no nos limitaremos a consignar la noticia de los hechos, sino que transcribiremos la documentación relativa, llena de interés para la apreciación detallada de costumbres y sucesos.

"Hemos reciuido del Patrón Joseph De Ituarte —dice Areta al hacerse cargo de la embarcación para el "Paso Principal de la Guardia"— de orn. del Sor. Ofizl. Rl. dn. Joseph Franco. de Sostoa para conducir á dho. Puesto y conservar en él de quenta dela Rl. Hazda. bajo las orns. del Ofizl. o Sargto. de la misma Guardia, en el servicio y travajos que se ofrescan del Rl. servicio de pasar Chasquis y demas empleados viandantes á saver:

"Vn Bote travajado de nuevo todo su entablado de zedro de seis y media á siete varas de largo y siete y medias quartas de ancho de manga.

"Tres remos nuevos.

"Vn rezon compuesto de nuevo de quarenta y quatro libras de peso y con quattro vñas.

"Una amarra de veinte y cinco brasas de largo y cinco pulgadas de grueso.

"De cuio Bote y adherentes que van expresados nos hacemos cargo por quenta dela Rl. Hazda. en virtud de conozimto. y á conservarlo en los mejores terminos que se pueda, obligandonos ala responsabilidad Delo que pr. nra. omision o culpa se malograsse. Y pa. su cumplimiento firma el que save y por el que no lo (hace) el infrascripto tgo. Montevideo, Junio 22 de 1779. Antonio de Artea. A ruego de Jph. Berasegui, Jacinto Figueroa."

Dos días más tarde, el Gobernador de Montevideo, Joaquín del Pino, informaba a Sostoa que había instruído al Comandante de la guardia del paso para que "el Bote de S. M. puesto al cargo del Patron Antonio de Areta y un compañero Marinero no se emplee en otras atenciones que en las del pronto pase de los chasquis, y otras urgencias del Rl. Servicio; y que al fin de cada mes les de á los expresados individuos la certificacon. de su existencia que v.m. expresa en la citada".

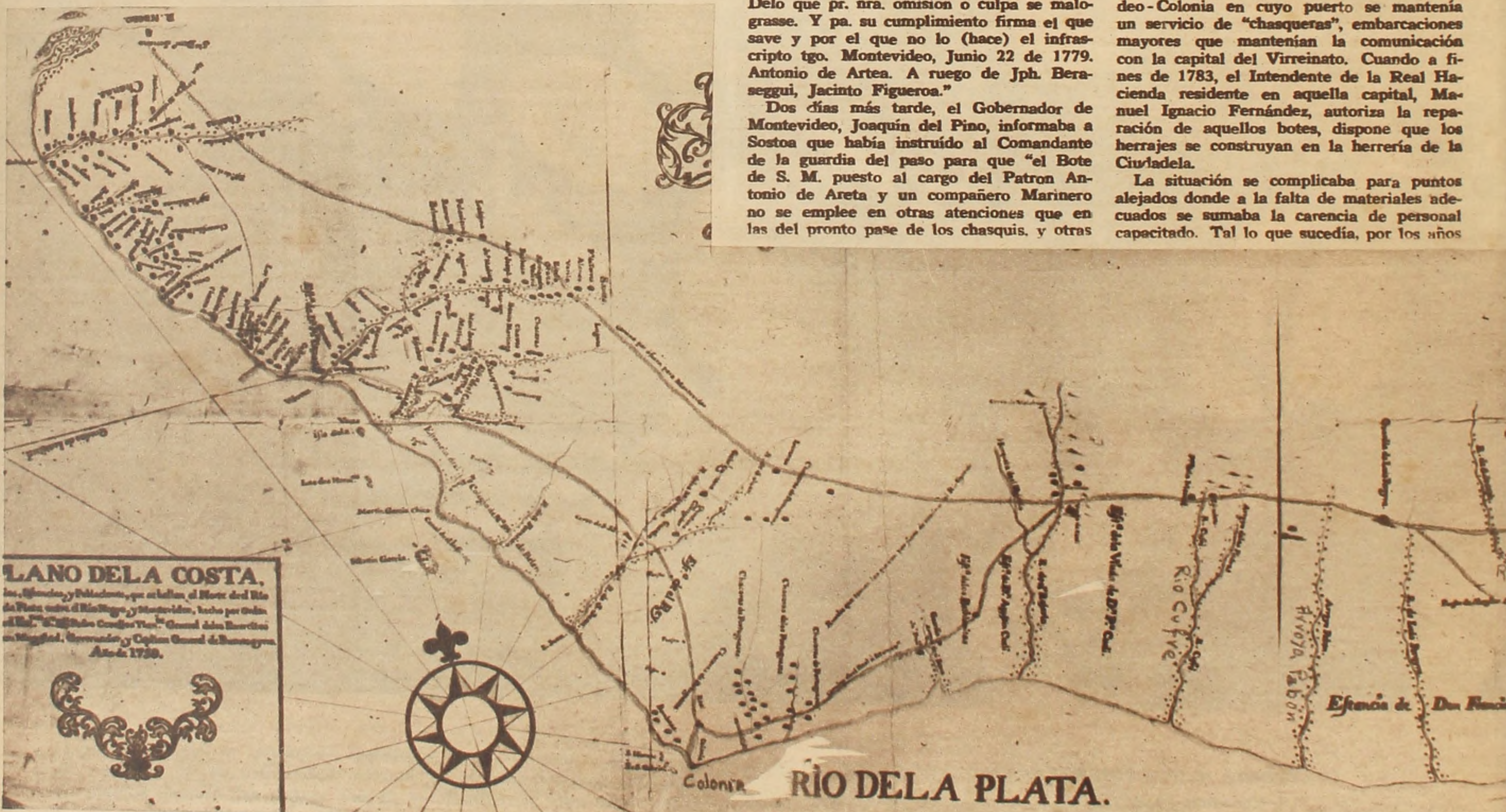
La orden se cumplió. El fondo documental del ex Archivo Gral. Administrativo conservado en el Archivo Gral. de la Nación contiene la certificación mensual de los servicios prestados por el personal del bote: "Antonio Laprida, cavo de Esquadra del cuerpo de Blandengues de Buenos Ayres, y Comandante de la Guardia de Santa Lucia. Cerifico que Antonio de Artea y Domingo de Lamas, Patron y Marinero del Bote del Rey que Dios guarde, que se conserva en este Rio han existido todo el presente mes cumpliendo con la comisión de su cargo; y para que pueda acreditarlo doy la preste. en la referida Guardia de Santa Lucia a treinta y uno de Enero de mil setecientos ochenta y tres".

Como se ve por la fecha, van transcurridos tres años y medio desde que Areta y Berasegui tomaron sobre sí la responsabilidad de efectuar el servicio del cruce del Santa Lucía. Pero mientras el Patrón se mantiene en su puesto, el marinero ha sido sustituído, siendo de destacar que a diferencia de cargo no correspondía diferenciación de sueldos: patrón y marineros eran retribuídos con diez pesos mensuales. Lo que no sucede en la tripulación del bote que aseguraba la comunicación de Montevideo con la Isla Libertad. En este caso existía una diferencia de 4 pesos a favor del patrón. José de Ituarte que lo era el 31 de enero de 1783, ganaba 12 pesos 6 reales.

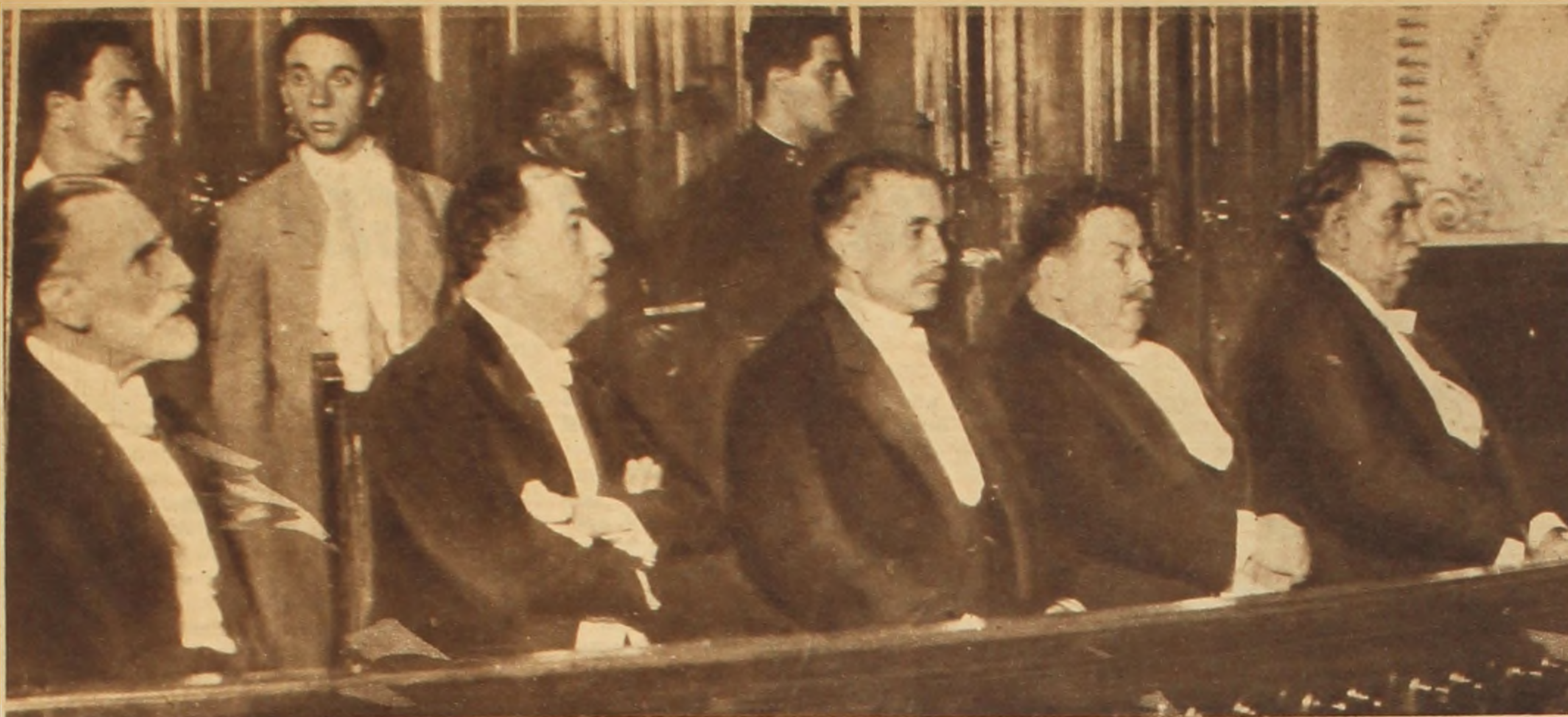
Al fundarse San José, fue necesario establecer un servicio de embarcaciones. Previa consulta del Gobernador de Montevideo al Virrey y de éste a la Junta de Real Hacienda sobre la procedencia del gasto, se autorizó la construcción del bote y la contratación del personal de servicio. "Lorenzo Fleitas, Sargento del Regto. de Infanteria de Buenos Ayres y Comandte. interino de esta nueba Población de Sn. Joseph, Certifico: Que Fernando Otero encargado del Bote del Rey del paso de este Rio (por la despedida de su antecesor Miguel Filarbet) ha existido todo el mes de la fha. efectivo en servicio de dho. Bote desde el dia primero en que entro hasta fin de el con diez pesos al mes".

La proximidad de los pasos del Santa Lucía y del San José a Montevideo donde era posible contar con los recursos como los del Arsenal de Marina del Apostadero Naval, permitía la conservación de los botes empleados en aquellos puntos, garantizando la eficiencia de las comunicaciones en una ruta tan importante como la de Montevideo - Colonia en cuyo puerto se mantenía un servicio de "chasqueras", embarcaciones mayores que mantenían la comunicación con la capital del Virreinato. Cuando a fines de 1783, el Intendente de la Real Hacienda residente en aquella capital, Manuel Ignacio Fernández, autoriza la reparación de aquellos botes, dispone que los herrajes se construyan en la herrería de la Ciudadela.

La situación se complicaba para puntos alejados donde a la falta de materiales adecuados se sumaba la carencia de personal capacitado. Tal lo que sucedía, por los años



Los caminos en la región Suroeste de la Banda Oriental, según un plano de 1759.



El señor José Batlle y Ordóñez en el acto de prestar juramento ante la Asamblea General, al ser electo Presidente del Consejo Nacional de Administración para el período 1927-29. Lo acompañan en la foto los Consejeros doctor Luis C. Caviglia, quien con el señor Batlle integraba la lista de la mayoría, el doctor Arturo Lussich, primer titular de la minoría y los doctores Luis Alberto de Herrera y Carlos Mª Morales que ya eran miembros de aquel alto cuerpo desde períodos anteriores.

LA MAGNA OBRA DE BATLLE EN LA HISTORIA "ITINERARIO DEL COLEGIADO"

ES un signo inequívoco del afianzamiento definitivo del Colegiado como sistema de gobierno y como hecho histórico que escritores que no pertenecen al Batllismo lleven el tema al ensayo o al libro. El señor Víctor A. Pastorino, historiador compatriota ampliamente conocido por sus numerosos trabajos recopilativos, como su "Cartilla Artiguista", "Calendario Artiguista", "Monografía del Banco de la República", "Inventario Honorífico de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales", etc., acaba de dar a publicidad un volumen de cien páginas cuyo título enuncia la importancia de su contenido: "Itinerario del Colegiado". Inmediatamente señala el autor, a manera de subtítulo, que se trata de una "crónica de alcance histórico, sobre el sistema Colegiado para el Poder Ejecutivo y los Gobiernos Departamentales".

Crónica somera, exenta de comentarios y en la que no se sacan conclusiones, aunque en algún pasaje no compartamos la interpretación de los hechos, en cuya exposición, un análisis severo tal vez pudiera encontrar pequeños errores o intrascendentes omisiones. Nada de esto quita significación y oportunidad a la obra, pues la buena fe del historiador y el propósito constructivo que lo inspiran están ya evidenciados en el breve introito que antecede al relato puramente cronológico, en el que dice: "Un certero y firme paso progresista hacia la democracia política integral, es sin duda, el establecimiento del sistema colegiado para la integración del Poder Ejecutivo. Recientemente el ex presidente de los Estados Unidos de Norte América, señor Harry Truman, declaró a un periodista: "La Presidencia de la República ha dejado de ser el cargo que puede desempeñar un solo hombre, pues sus responsabilidades son para compartirlas por muchos y muy ilustrados colaboradores, asociados íntimamente en una tarea que reclama un esfuerzo plural". Se trata —continúa el señor Pastorino— de una declaración de incalculable valor para ser conocida en nuestro país, cuyo pueblo al plebiscitar la Reforma que instituye el pluralismo para el Poder Ejecutivo, marcó la ruta a los países del continente que deseen una eficiente democracia política para ser gobernados".

A renglón seguido, el texto entra a reseñar los gobiernos pluripersonales que ha tenido el país desde su génesis, afirmando —tal vez un poco temerariamente— que "durante la dominación española, el Virrey, a pesar de tener la resolución final, no era propiamente un ejecutor gubernamental. Toda la gestión ejecutiva estaba a cargo casi exclusivo de los Cabildos".

Señala después que en 1813, instalado el gobierno de la Provincia Oriental en Canelones, Artigas, para dedicar todo su tiempo a los problemas militares, le cede los derechos ejecutivos a un cuerpo colegiado, y que en 1815, destituye al Gobernador de Montevideo, coronel Otorgués, para reemplazar al cual un congreso de diputados de la Provincia Oriental nombra un Cuerpo Ejecutivo Colegiado, integrado por Manuel Calleros, que lo presidía, Francisco Joaquín Muñoz, Loreto Gomensoro, Manuel Durán, Juan José Vázquez, Juan Pablo Laguna y Gabriel Antonio Pereira. Ocupaba la secretaría Francisco Araúcho, cuyas funciones eran las de un Ministro de Gobierno y Carlos, Anaya, designado Tesorero, tenía funciones de Ministro de Hacienda y Fomento.

"Las primeras medidas de este Colegiado, fueron: establecer el primer carnet o credencial para habitar y circular dentro del territorio de la Provincia; establecer las condiciones para residir en la misma; establecer las Receptorías de Aduana de Santa Teresa, San Luis y Cebollatí; citar a elecciones para la asamblea de la Florida que declaró la Independencia, etc.", con todo lo cual ya se establece un antecedente valioso sobre la eficiencia del gobierno pluripersonal para la función administrativa, que un siglo después vendría a confirmar en forma luminosa el Consejo Nacional de Administración.

Aquel segundo Colegiado —continúa el autor— funcionó hasta el 22 de agosto de 1825, mereciendo el elogio posterior de Francisco Bauzá, quien definió a este gobierno como "un modelo de Departamento Ejecutivo", según lo establece en la página 24 de sus "Estudios Constitucionales". En la fecha últimamente citada entró a actuar un gobierno compuesto por Manuel Durán y Loreto Gomensoro. El 19 de setiembre del mismo año asumió el mando don Juan Antonio Lavalleja, resignándolo tres días después en un "tercer colegiado" compuesto por Manuel Calleros, Manuel Durán y José Muñoz.

"El 24 de setiembre de 1853 —termina este capítulo— renuncia el presidente constitucional Juan Francisco Giró y se establece un cuarto ejecutivo colegiado integrado por el coronel Venancio Flores y los generales Juan Antonio Lavalleja y Fructuoso Rivera. Uno de los ministros de este Ejecutivo Colegiado era el coronel don Lorenzo Batlle, padre del autor del proyecto colegialista, don José Batlle y Ordoñez que en los "Apuntes" publicados el 4 de marzo de 1913, formula su pensamiento sobre el sistema colegiado para el Poder Ejecutivo."

Hasta aquí, los antecedentes que, según el señor Víctor A. Pastorino, tiene el Colegiado en nuestro país. Parece evidente, sin embargo, que los que él cita como gobiernos pluripersonales en el siglo pasado, si bien



El Sr. Víctor A. Pastorino.

eran colegiados en su aspecto formal, es decir, por el número de sus miembros, en el caso de los dos primeros, por lo menos, no eran propiamente gobiernos, ya que había sobre ellos una voluntad superior, aunque ésta, representada por Artigas, prescindiera de hacerse sentir.

El resto del libro, después de hacer una suscinta referencia al sistema pluripersonal de gobierno que rige en Suiza, está dedicado a historiar detalladamente el proceso político que se desarrolla en el Uruguay desde que Batlle lanza la doctrina en 1913, hasta la instauración definitiva del sistema que elimina —¡por fin!— la Presidencia de la República, en 1952.

"Don José Batlle y Ordoñez —dice el autor— estudió el Colegiado en Suiza y adaptó el sistema a la modalidad de nuestra República." Desde la alborada de 1913 arranca una exposición extensa y prolija, en la que casi todo es objetivo y seriamente documentado, mencionando fechas, cifras y nombres, siendo también plausible la perfecta coordinación del orden cronológico.

Se trata, en suma, de una obra cuya principal virtud consistirá en servir de ineludible elemento de consulta para quienes necesiten conocer el origen y desarrollo del sistema colegialista en el Uruguay. Es, más que un "itinerario", una guía del Colegiado de inestimable eficacia. No falta en sus páginas, para darle mayor valor en tal sentido, la repercusión que el triunfo de la doctrina de gobierno pluripersonal tuvo en los países de América. Es precisamente en uno de esos juicios que el lector encontrará estos párrafos emocionantes, estampados por el diario "El Mundo Gráfico", de Panamá, al instaurarse en nuestra patria el Colegiado:

"Veintidós años después de muerto, don José Batlle y Ordoñez ha ganado su gran batalla cívica. El campeón de tantos combates por la redención de su pueblo, ha logrado que su prédica adquiriese calor y fuerza, mucho tiempo después de haber sido acallada por la muerte su cálida y recia voz de tribuno. El Uruguay, que está a la vanguardia de las naciones genuinamente democráticas de América ha demostrado, con esta reforma constitucional, con esta experiencia histórica de enormes alcances, que sabe conservar el lugar de avanzada en las reformas sociales y políticas en el hemisferio."

Conceptos dignos del bronce, en los que el nombre de la República se asocia al del propulsor genial de una revolución institucional que la singulariza y engrandece.

Ramón I. ALVAREZ
(Especial para EL DIA)

---

a que nos estamos refiriendo, con el bote habilitado sobre el Yi.

Con fecha 27 de abril de 1789 escribía el Virrey, Marqués de Loreto, al Oficial de Real Hacienda de Montevideo: "El Governador de esa Plaza me tiene informado con carta de 1 de Febrero de este año, entre otras cosas, que segun lo que le tiene manifestado el Comandante de la Campaña, se halla inutil el Bote que sirve á facilitar el paso del Arroyo nombrado el Yi, que se pone intransitable con las aguas; y como vamos á entrar en el Ymbierno, tiempo en que abundan estas, es conveniente disponer la composicion de dho. Bote, á fin de que por su falta no se demoren los avisos á esta Superioridad de las ocurrencias de aquellos parajes, y se imposivilite la comunicacion oportuna delas ordenes que sean correspondientes á estos objetos, y demas del Rl. Servicio: con cuyos importantes fines prevengo á Vm. que, sin demora, disponga la recomposición de dicho Bote, en quanto sea preciso para su corrte. uso, y nada mas; procurando se observe en este gasto la posible economía en áhorro delos Rs. intereses; datandose Vm. de su importe, y dandome el correspondiente aviso para mi conocimiento".



El destinatario, Sostoa, se interesa ante el Gobernador quien promueve la información correspondiente. La contestación es desalentadora.

"Con fha. de 3 del corrte. y á consecuencia del Oficio de Vm. del dia anterior —escribe del Pino— previne al Comandte. dela Campaña me diese noticia Delos materiales que necesitaba el Bote que sirve en aquel Puerto defacilitar el Paso del Arroyo del Yy con lo demas que Vm. me manifestó, y en contestación me dice el cabo Antonio Lopez que es quien al recibo de mi orden se hallaba mandando en aquel Destino a causa de haver salido de el enfermo para esta Plaza el propietario Comandte. dn. (roto) que no haviendo allí Yndividuo alguno facultatibo para el efecto, hizo solicitar a dos Maestros inteligentes, nombrados Franco. De la Peña y Jose Antonio Arrugue los quales refiere dieron por inhutil el consavido Bote, a causa de tener todas las maderas podridas manifestando serán mas los costos Desu composicion que lo que el vale, y lo aviso a Vm. para su inteligencia, para lo qe. pueda conducir esta noticia."

Mientras la noticia se conducía al estrado del Virrey y luego de cumplir todo el ciclo del trámite administrativo desembocaba en una decisión —que debemos suponer favorable a la construcción de un bote nuevo— pudo resolverse en realidad la anécdota que leímos hace un tiempo en una revista rural: llega una carreta cargada al paso del Pache, cargada de maíz. El Santa Lucía desbordado no presentaba vado. Pasaron uno, dos, seis días y el río se mantenía fuera de cauce como consecuencia de una lluvia persistente. Entonces el carrero descargó el grano y se acomodó una vivienda en el vehículo esperando, abroquelado en filosófica aceptación de las causas mayores, que el río le permitiera continuar su camino. La lluvia seguía cayendo arrancando al cuero del toldo de la carreta, el ritmo monocorde de su tamborileo. Ajustando su acción al tiempo, el paisano mateaba, comía y dejaba pasar los días. Los bueyes, sueltos, pisoteando el grano, oficiaron de sembradores. Salió el sol: pálido, sin fuerza, primero; luego con todo su esplendor. El río comenzaba a dar paso; pero había que esperar a que el barro de las orillas se consolidase lo suficiente. Cuando el paisano fue a uncir, vio el "maicito" crecido y entonces le dio pena abandonarlo. Y ahí se quedó hasta que la mazorca cuajó los amarillentos granos. Entonces el hombre siguió su camino con doble cantidad de fanegas de las que cargó a la iniciación de su viaje.

Envidiamos al autor que trace la historia de nuestros caminos...

Homero MARTINEZ MONTERO
(Especial para EL DIA)



Esteban Echevarría, el romántico que no descuidó la realidad.

MONTEVIDEO Y LA GENERACION ARGENTINA DE MAYO

EN la historia universal ha tocado en suerte a los poetas ser los intérpretes de los pueblos, asumiendo así la poesía una función social que la engrandece. Ninguna gesta heroica pareció sancionada hasta no dar con su bardo representativo. Y los aedos han sido de este modo, los primeros historiadores de la tierra. Lo fueron los remotos escribas egipcios que anotaron los antiguos himnos de Amón; lo fue el anónimo relator de la epopeya metafísica del *Gilgamesh* babilónico; lo fue Valmiki con el *Ramayana*, y Homero con la *Ilíada* y la *Odisea;* lo fue el persa Firdusi con el *Libro de los Reyes;* lo fue el oscuro cronista de la *Canción de Rolando* y el del *Poema del Mío Cid*. Interminable sería la lista.

En nuestras tierras americanas, también la epopeya fue la primera forma de expresión, el lenguaje primigenio con que un puñado convulso de repúblicas incipientes quería, desordenadamente, dejar documentado para después el balbuceo de su pubertad cívica, todavía con el deslumbramiento de la adquisición y quizás el asombro de ese don de libertad, en cuyo duro aprendizaje insumiríamos una larga jornada que llega hasta el presente.

*

Para el Virreinato del Río de la Plata fue golpe de muerte el pronunciamiento revolucionario del 25 de Mayo de 1810. Por un singular designio histórico, de ese momento derivarían para la ciudad de Montevideo circunstancias especiales que enriquecerán su clima espiritual. La revolución de Mayo, con todo lo que tuvo de afirmativo, fue, como toda revolución, un movimiento urgido por la necesidad de revisar y reconstruir. La misma palabra lo predica: revolución, evolución nueva y en marcha; lo contrario fuera involución, regreso al caos y la barbarie. La primera posición fue la de los patriotas de aquel instante decisivo; la segunda, la que encarnó Rosas pocos lustros después.

"Nuestra vida, la de la patria, empieza en Mayo", sostenía Echeverría. *Mayo* tomó cuerpo de alegoría; se convirtió en un símbolo y una consigna. Era el ideal en pie, el eco de aquel día 25 prolongado como un santo y seña; era la concreción de aquel nebuloso ensueño de mayoría de edad proclamado desde los balcones del Cabildo, como una ironía para la tutela colonial que éste representaba. Era la continuidad invisible de los principios que predicara Mariano Moreno en su *Doctrina democrática* y su *Representación de los hacendados*, acento precursor que recogido por Monteagudo se propaló por otros ámbitos del continente. *Mayo* siguió resonando, como una divisa, año tras año, en el agitado lapso que se abrió en 1810; fue la fecha a la cual los perseguidos políticos rindieron culto ferviente en suelos extranjeros; fue una de las palabras sacras en que se sustenta el *Dogma socialista;* fue el supremo grito de desafío contra Rosas. Y desde entonces, se erigió en renovado juramento de libertad.

De 1810 a 1820, fugaces gobiernos se suceden, hasta desembocar en la anarquía y el caudillismo que prepararon el advenimiento de la autocracia rosista desde 1829 hasta Caseros. ¿Qué se equivocaron los estadistas de la primera hora? No es fácil culparlos, pues, sin antecedentes, sin preparación casi, tocóles elaborar la experiencia a sus expensas. En la patria en construcción, mucho hubo que destruir para edificar de nuevo.

La renuncia y el posterior alejamiento del país, por parte de Rivadavia, luego de su breve presidencia, empujó hacia la Banda Oriental, en 1827, al primer contingente de emigración, en cuya vanguardia intelectual figuraban Juan Cruz y Florencio Varela, Valentín Alsina, Paz, Lavalle, Agüero. La muerte de Juan Cruz dejó en manos de Florencio en exclusividad un magisterio estético que seguía fielmente los cánones clásicos. Además, éste sostuvo desde *El Comercio del Plata* una enérgica campaña periodística que le acarreó el asesinato político. "Heredero del blasón intelectual de la grande época unitaria", como dice Rodó, está en el umbral de dos modalidades, ni clásico a la usanza del XVIII ni romántico. La joven generación que llegó más tarde le tuvo, si no adhesión, ese respeto que se debe a maestros sinceros de enseñanzas con las que se discrepa.

*

Mientras esta generación de 1827 desarrollaba en Montevideo una actividad estimable en las letras y el periodismo, una nueva promoción vivía en Buenos Aires las alternativas del gobierno de Rosas, que en sus comienzos pareció "providencial" y convenció a algunos jóvenes que, como Alberdi, Cané y Rivera Indarte, adhirieron a él en un principio, aunque pronto supieron a qué atenerse.

Si bien tema tan amplio obliga a caer en el mero esquema, omitiendo muchos nombres, no es posible pasar por alto el de Diego Alcorta, cuya noble influencia infiltróse, desde la cátedra universitaria, en varias generaciones. "Somos sus ideas en acción; somos la reproducción multiplicada de su virtud patricia, de su conciencia humanitaria, de su pensamiento filosófico" —dice Mármol por boca de un personaje de *Amalia*.

¿Qué hacía la juventud mientras el déspota manejaba con intrigas hombres y acontecimientos? Discutía ideas, cosa peligrosa para los tiranos: un pueblo que piensa no es un esclavo fácil. Las reuniones del Salón Literario del erudito librero Marcos Sastre pronto despertaron el recelo de las autoridades. Eran contertulios entre otros, Vicente Fidel López, Mármol, Echeverría. Rosas olfateó el peligro, y el Salón hubo de disolverse. Pero aquellos muchachos que, rodeando a Echeverría, al amparo de las letras habían iniciado encubiertamente una reacción crítica en política, fundan secretamente la Asociación de Mayo, sin ver aún claramente sus alcances, pero teniendo por ideal la destrucción de la tiranía y el triunfo de la democracia. Echeverría redactó un programa de acción, y el 23 de junio de 1837 leyó las *Palabras simbólicas* cuyo desarrollo más amplio constituyó el *Dogma socialista*, que se publica por vez primera en el último número de *El Iniciador* de Montevideo, a donde lo trae Alberdi.

La ardorosa propaganda de los afiliados gana adeptos, amplía el círculo, cunde por provincias. Y, claro está, irrita los nervios del gobernante. Presionados por las circunstancias, los débiles abandonan; algunos emigran; otros persisten en luchar desde adentro y, como Echeverría y Frías, quedan en Buenos Aires. Pero la hora de la desbandada ha sonado. Esta se cumple en varias direcciones. El núcleo más valioso, al menos por la cantidad y el apasionamiento proselitista, es el que atravesando el río se instala en Montevideo. Hacia Chile —donde ya residían ancianos ilustres como Rodríguez Peña y Las Heras— marchan Sarmiento, Vicente Fidel López, así como Juan Mª Gutiérrez, Alberdi y Mitre, que antes estuvieron en Montevideo. Hacia Bolivia, Gorriti, Arenales, Villafañe, los Frías, Paunero, Facundo de Zuviría, Echagüe. En todas partes, las armas de los emigrados fueron la enseñanza y el periodismo.

*

Pero sería en Montevideo donde iba a alcanzar la proscripción su mejor escenario, culminando aquí una temperatura espiritual que confiere a esa hora relieves especialísimos. Aquí se congrega el núcleo más significativo; aquí estaban los unitarios del tiempo de Rivadavia; aquí llegaron los jóvenes de la Asociación de Mayo. Un aliento heroico los identifica. Colaboran activamente en la prensa junto a los uruguayos; y no es exigua cosa que de todo esto y desde entonces naciera un arraigado sentimiento de fraternidad. Hermanados con los fugitivos, Andrés Lamas, Melchor Pacheco y Juan Carlos Gómez, toman como propia la causa argentina. Casi todos son jóvenes; los más son poetas. Diarios y panfletos mantienen vivo el fuego rebelde. *El Iniciador, El Comercio del Plata, El Nacional,* además de muchas hojas de vida efímera, promueven una valiosa renovación ideológica.

Y mientras en el extranjero, ya en tierra oriental, ya en Chile o en Bolivia, los expatriados lanzan anatemas y versos, proclamas, doctrinas y libros, el movimiento intelectual en la patria se amustia, porque sólo quedan las plumas serviles, como la del napolitano Pedro de Angelis, doblemente culpable porque tenía ilustración y talento. Es un fenómeno explicable que la dictadura produzca, fuera de sus fronteras, la expansión literaria y el florecimiento ideológico, mientras el pensamiento se asfixia y calla en la propia tierra. Subraya Ricardo Rojas este contraste, durante un cuarto de siglo, de "la tiranía sin letras" frente al espectáculo intenso de "las gloriosas letras de la expatriación liberal". En todo caso nunca tiranía alguna produjo —sin propósito, naturalmente— mejores frutos; y he aquí a Rosas resultando sin quererlo el causante de la hora más noble de las letras argentinas.

*

En efecto. Los escritores de la emigración antirrosista proporcionan a la literatura de su patria, históricamente, un máximo climax cívico y poético, un ápice inigualado, tal vez más que por el mismo acervo que acento en los valores sentimentales de la legaron, por su actitud humana y su ejemplo moral.

El ideario de Esteban Echeverría fructificaba en aquella juventud que puso su

conducta. Había tenido al fin que emigrar, y se refugió primero en Colonia y en Montevideo luego. Más hombre de letras que de acción, no eludió sin embargo el fusil cuando fue necesario. En esta ciudad crece la órbita de su doctrina, encabezando en política la tendencia liberal, mientras en literatura es el paladín del romanticismo americano, un romanticismo de raíces francesas, que no desvió en nada su sentido de la realidad, mostrándose más cerca, muchas veces, del naturalismo, que de la escuela que lo reconocía como abanderado. Puso los cimientos democráticos del futuro, creando un cuerpo de doctrina sobre el cual se alzaría la organización nacional. Pero el propagandista de tan elevado ideario, era además un poeta, si no dotado de la grandeza del genio, al menos rico de noble inspiración, y más significativo ante la posteridad por su influencia que por su producción lírica. Despertó inquietudes, guió vocaciones, alentó, estimuló, fue revelador de una sensibilidad distinta. Tocóle desempeñar el papel ilustre de los orientadores. Junto al *Dogma socialista,* breviario de militancia, y a *El matadero,* cruda novela de corte naturalista, *Los consuelos, Elvira, La guitarra, La cautiva,* evidencian su labor de poeta. "Sus versos deben ser leídos en las horas de descreimiento de la emoción argentina" —anota Alfredo L. Palacios en su insustituíble libro sobre la vida, obra y época del "albacea del pensamiento de Mayo".

Juan Bautista Alberdi fue el vocero del evangelio laico de Echeverría, el discípulo que recogió la palabra democrática del maestro y dio al mensaje un contenido orgánico, estructurando las *Bases,* alegato de filosofía política en donde extraña no ver citado el nombre de Echeverría alguna vez. En el espíritu jurídico de las *Bases* se inspiró la Constitución. Algo menor que Echeverría, menos soñador, más práctico, menos preocupado por el estilo literario, más atento a su pasión cívica, fue, se ha dicho, "el constructor" Pero faltó a su temperamento ese fulgor de lirismo que confiere a Echeverría su seducción perdurable. De este último afirma Rojas que "como inquietador de almas y renovador de la poesía americana, solamente la obra de Rubén Darío medio siglo después podría comparársele".

Tuvo Echeverría un extraño don profético, una iluminación que también se vio en Mármol, y en el joven Balcarce; especie de videncia que escapa a mera postura literaria para volverse algo más hondo cuando se coteja la predicción con la biografía. Dirá en un poema: *Tú, numen de infelices, Dios de olvido / Que a la nada presides misterioso, / Encubre con tus alas silencioso / El sepulcro de un ser desconocido.* Así fue; las búsquedas de su tumba han sido hasta ahora infructuosas. Y ninguna lápida hay con su nombre, como pedía. El protagonista de la aventura romántica murió desesperado, descreído y sin llegar a ver la aurora de Caseros.

*

Ya dijimos que *Mayo* fue rápidamente una tradición y un símbolo para los patriotas. Cada aniversario renovaba festejos y versos. De especial trascendencia fue el de 1841. El Jefe de Policía de Montevideo, tal vez influído por Alberdi, promovió un certamen poético del que salieron vencedores Juan María Gutiérrez, Luis L. Domínguez y José Mármol. Integraban el Jurado Francisco Araúcho, Florencio Varela, Cándido Juanicó, Manuel Herrera y Obes y Juan A. Gelly. El concurso tuvo gran repercusión en la sociedad montevideana y el acto de la entrega de premios en la Casa de Comedias revistió carácter de apoteosis. De todo esto hizo crónica Alberdi en el proemio del volumen que recogió el veredicto y los poemas triunfadores. Cien años más tarde, la reimpresión facsimilar que decretó la Comisión Municipal de Cultura de Montevideo, está precedida de una cabal reseña histórica escrita por el Profesor José Pereira Rodríguez, que pone en evidencia lo que significó aquel día en que tres poetas argentinos impusieron la gloria flamante de sus nombres en "La Nueva Troya" mientras en la bahía se verificaba un combate naval: todo un símbolo de la época. Vale la pena destacar las palabras con que acogió su premio Juan María Gutiérrez: "que en la República Oriental del Uruguay han echado raíces la civilización y el amor a la libertad". Palabras que hoy mantienen intacta vigencia.

*

De los premiados, indudablemente fue Mármol el poeta por excelencia, Gutiérrez el más armónico por el conjunto de su vida y Domínguez el de personalidad más discreta, asociándose por siempre su nombre al difundido poema que comienza: *Cada comarca en la tierra / tiene un rasgo prominente*... etc.

En Juan María Gutiérrez la generación de los proscriptos resume las excelencias patricias, el bello heroísmo, la gravedad sensata, el equilibrio y la mesura. Desde la mocedad reflexiva hasta la ancianidad patriarcal, concitó en torno suyo un singular respeto. Fue, con humildad no exenta de grandeza, el primer historiador de las letras argentinas, el biógrafo de sus contemporáneos. Investigó, exhumó, recopiló, compensando con su culto americanista su obstinado antiespañolismo; "fue —escribe Rodó— el estudioso desinteresado, en una generación de combatientes y tribunos".

En cuanto a José Mármol, representante genuino de la inspiración romántica, es el poeta puro y más alto de la célebre hora; su individualismo confiere a su obra una categoría estética que todavía guarda fulgores intactos, contrastando con la mayor parte de una producción que pese a sus nobles intenciones aparece desmayada y envejecida; poética que generalmente vistió guerrera militar y blandió lanzas, y muestra hoy sus ropajes anticuados.

En Mármol la poesía fue imperiosa, fluyente, signada por el amor a la libertad y también al registro de los amores humanos. Cuando la policía de Rosas lo engrilló en un calabozo, aunque la prisión no fue larga ni sufrió martirio, su imaginación cargó las tintas sobre el agravio y no lo olvidó nunca. En 1840 vivía en Montevideo de su labor de periodista; emigra al Brasil al comenzar el sitio. Y su obra se resiente de esa nostalgia de los andariegos; aunque reitera siempre la imprecación, el denuesto contra el tirano: *ni el polvo de sus huesos la América tendrá!* "Es este el poeta de la maldición" —decía Sarmiento. Dijérase que a través de Mármol todos los expatriados expresaron su gratitud por la hospitalidad recibida. "Si ha habido en la poesía civil de América un bardo de la democracia, ese es José Mármol", comenta Ricardo Rojas.

*

Cuando después de la batalla de Caseros van regresando a la patria los ausentes, en casi todos se cumple el mismo proceso: la política, el magisterio o la diplomacia, los van apartando de aquel cultivo literario que en la expatriación dio la tónica de toda una época. Acaso únicamente Juan María Gutiérrez siguió siendo hasta el fin el prototipo del hombre de letras en el Río de la Plata. Los demás aventaron por otros rumbos el numen de la primera hora. Si bien algunos, como Alberdi, no iban a definir acabadamente su personalidad sino después de Caseros. Como Mitre, que en rigor era apenas un mozuelo durante el exilio, si bien con su temprana inteligencia se destacó junto a los colegas mayores que fundaron nuestro Instituto Histórico.

Saldo fecundo arroja, pues, la proscripción argentina nutrida en el ideal de Mayo. Los jóvenes de aquella hora no tenían otro pasado ni otra historia. Empapados en el romanticismo, el exilio completó los ingredientes de su fórmula sentimental. La proscripción devolvió maduros a aquellos muchachos fogosos e inexpertos; los poetas se hicieron cronistas de los acontecimientos, y la historia desplazó a la poesía.

Por encima de todo resplandece la hora henchida de dignidad moral en que un puñado de hombres nuevos se lanzó al azar de la expatriación para defender la libertad, con un criterio romántico de la política. Formados en el crisol de una época revuelta y sobresaltada, no podían ser serenos ni dar frutos apacibles; los tiempos eran más propicios para el acierto esporádico o la improvisación genial que para los estudios metódicos. Literatura nacida al rescoldo de las conspiraciones y la metralla, caldeada en el tumulto pasional de espíritus enfervorizados por un anhelo de democracia militante, combatió la arbitrariedad con la pólvora y con el pensamiento. Nació de ahí un verbo nuevo, chamuscado en la crepitación de la batalla, que habló a los hombres del continente en el idioma avasallante de la emancipación definitiva. Los prohombres de la generación de Mayo tenían un ideal, estaban perseguidos, y la aureola del exilio los ennoblecía. El "mal del siglo" estaba en ellos, aunque la palabra "romanticismo" no se hubiera inventado hasta el día de hoy. Su ejemplo civil perdura envuelto en el prestigio de la leyenda, y buena parte de la misma tiene sus raíces en Montevideo, que por razones de vecindad geográfica y anchura de espíritu ha sido siempre buen refugio para los infortunios injustos. Los hijos de la generación de Mayo tenían la fe ardiente de los visionarios, el ímpetu de la utopía, y el desinterés entusiasta con que sólo a la hora de la juventud se ennoblece la vida.

Sobre nuestra mesa, desde que tenemos memoria, nos vigila el trabajo una hermosa medalla acuñada por iniciativa de la Academia de la Historia de Buenos Aires, con motivo de la repatriación de los restos del General Las Heras. Está hecha con el metal del cañón "Asopo", un cañón de la Guerra de la Independencia. Sobre un fondo de cimas, un cóndor de alas desplegadas lleva en alto el escudo argentino; y tres veces la palabra *Libertad* reemplaza con ventajas a un arco de laureles victoriosos. Siempre la tenemos a la vista como una bella advertencia: es la misma alegoría imperecedera que encarnaron los próceres de Mayo: fue necesario sublimar con la dignidad del vuelo, vuelto poesía, los viejos bronces de la guerra.

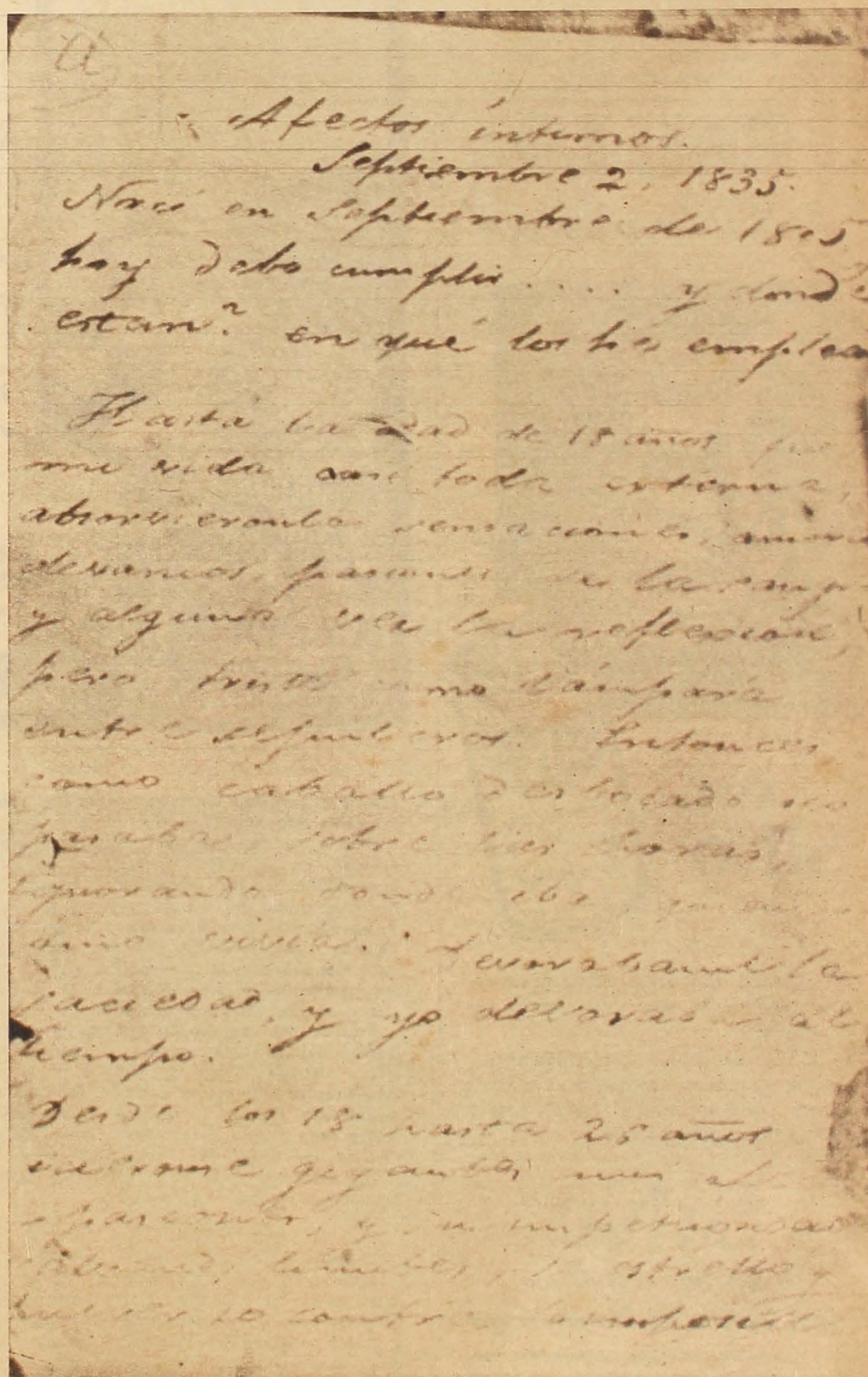
Dora Isella RUSSELL.

(Especial para EL DIA).



José Mármol, "el cantor de Montevideo".

Una carilla del diario íntimo de Echevarría.



Afectos internos.
Septiembre 2, 1835.
Nací en Septiembre de 1805
hoy debo cumplir... y donde
están? en qué los he empleado

Hasta la edad de 18 años fue
mi vida ...

Desde los 18 hasta 25 años

ROCHA, UNA MUCHACHA SENCILLA

UNA muchacha sencilla, con un vestido de percal y una cinta de color en el cabello, así vi a la ciudad de Rocha estas mañanas de marzo, cuando me puse a caminar por sus calles tranquilas.

Sólo en torno a la plaza central hay casas de altos; las restantes son de un solo piso. Nada notable tienen en sus fachadas. En vano se buscaría la puerta de madera labrada, el balcón de mármol blanco o los frisos de azulejos. Tampoco encontrará el historiador la casona colonial, el edificio de la época de los portugueses o la reliquia de la independencia. Rocha fue fundada por personas naturales y sin énfasis, cuya característica fue, justamente, la sencillez.

Sus primeros pobladores fueron faeneros que se establecieron en este sitio, centro de una zona destinada durante la época colonial a la cría de ganado. Llegaron, luego, familias asturianas y gallegas venidas de San Carlos, gentes de trabajo y de humildes hábitos que contribuyeron a darle a la población este tono limpio y claro que ha mantenido hasta hoy enteramente.

Dijimos que la casi totalidad de las casas son de un solo piso. Sus frentes pintados de rosado, limón y violado, como el color de los vestidos de percal de las muchachas sencillas. Balcones de hierro sin dibujos, algunas rejas, muchas azoteas de pretiles. Los frentes se continúan en tapias y por ellas asoman madreselvas, enredaderas de campanillas azules, jardines del país y se ven laureles, bananos y algún palo borracho en este mes con sus delicadas flores rosadas.

Y ¿cuál es la cinta de color? Pues, los patios de las casas. Casi todas las casas tienen patios con árboles y plantas: palmeras, enredaderas, jazmines, helechos, muchos helechos. Un zaguán español de grandes baldosas blancas y negras en diagonal, una puerta cancel con aquel arco de vidrios de colores —azules y morados— en su parte superior y, luego, ese patio —tan español— siempre con flores: las hortensias suceden a las rosas, los jazmines a las hortensias y a lo jazmines, los malvones, los fieles y tesoneros malvones, sufridos y consecuentes y, por ello, bien criollos.

Yo sé que la ciudad tiene edificios importantes y los vi: el Banco de la República, el Concejo Departamental, el club social y un cine y un bar modernos; pero, son iguales a los mismos edificios impersonales de todas las otras capitales de la República y, por eso, no me llamaron la atención. En cambio, todavía tengo en las pupilas los frentes con colores de acuarelas y las tapias y el perfume de jazmines de las calles laterales más humildes.

Todas las ciudades tienen perfume. Montevideo, en sus calles principales huele a combustible de los automóviles; en las calles que suben del mar, a peces y sandías; y, en los aledaños, a asados a la parrilla. Buenos Aires tiene olor del aire cálido que sube del subterráneo y el perfume dulce de las confiterías de lujo. Rocha tiene la fragancia de los jazmines del país.

Porque esa muchacha sencilla y clara, que yo digo, no usa perfumes franceses. Lava su rostro con agua del tiempo. Y, a veces, simplemente huele a jabón. Limpio es su vestido, limpios su mirada y sus cabellos y muy limpio su lenguaje. Oidla. Escucharéis que dice: "di", "ve", "pon", y no le oiréis jamás el "che" y el "vos" que tanto ensucian a los labios platenses.

*

Cuando se baja de un ómnibus o del auto en que se ha venido directamente de la capital quizás se encuentre cierta lentitud en el paso y en la actividad de los hombres, y podrá pensarse que ello es ya un anticipo de la molicie fronteriza, tan cercana. Pero, ya hemos dicho que esta ciudad es un centro ganadero. Y, ¿a qué apurarse? El ganado necesita tiempo para engordar, y no hay que apresurar a las ovejas que muerden la apretada gramilla de las serranías. De ahí, esa lentitud de troperos, ese paso de pastores, con que camina aquel hombre que cruza la plaza, aquel que viene del juzgado y este otro que va para la oficina. No es ésta una crítica, pues ojalá pudiera caminar con ese ritmo el montevideano tomado siempre por un apuro sin objeto.

Quien llega de Montevideo o de Punta del Este puede preguntar: —Pero, ¿qué tiene Rocha? Y, después de dar unas vueltas en el auto, puede repetir: —No sé qué le ven. No le digáis nada. Hay cosas que no se pueden hacer ver ni es posible tampoco poner en las guías. Un perfume de madreselvas, un llanto de aljabas, un vaho azul que se mueve lento en las quebradas, o un picaflor travieso que va tocando los timbres de todas las plantas. Y el olor a cuero de las talabarterías! Hacía más de cuarenta años que no lo sentía. Lo había olvidado por completo. Desde que desaparecieron de Montevideo, muertas por los talleres de automóviles y por las gomerías, aquellas lomillerías y talabarterías con cinchas, brazales y frenos colgando del techo, y monturas, recados, cojinillos de colores, altas botas lustrosas en los estantes, y todo ello con un olor fresco y ácido de cuero recién cortado. ¡Cómo vinieron en tropel, evocados por el olor a cuero, mundos de recuerdos que yo creía desaparecidos! Son cosas éstas que no se pueden poner en las guías.

Y, ¿cómo se va a poner en el plano de una ciudad la sencillez y la gracia de las criollitas vestidas de percal? Y están ahí. Sencillas, voluntarias, sufridas, querendonas, que cuando quieren se prenden como un abrojo, para siempre. De esta clase de criollitas salieron las mujeres de nuestros guerreros patrios, a quienes seguían en las carretas tras el ejército. Para alcanzarles un mate, vendarle las heridas, darles un hijo.

*

Así vi yo, caminando por sus calles, a esta ciudad matinal y fresca, clara y luminosa, y con mucho cielo, como las frentes despejadas de los rostros inteligentes y limpios.

Isidro ***MAS DE AYALA.***

(Especial para EL DIA).

UNO de los monumentos que menos "atmósfera" romana posee y que se contempla siempre con curiosidad en la Ciudad Eterna, es sin duda alguna la pirámide de Caio Cestio; tal vez porque ese transporte exótico — de gusto egipcio — está allí puro, primitivo, sin haber sido tocado, aglutinado, recreado por el genio de un artista latino.

Surge esta pirámide en un lugar de la ciudad lleno de movimiento y de color y de contrastes históricos: la Puerta San Pablo (antiguamente Puerta Ostiense) abierta en la muralla aureliana, la gran fortificación de la Roma imperial; la vida corre febril a ambos lados de ella pues ya no es límite urbano al haber sido largamente rebasada por la ciudad moderna. Allí, en las dos grandes plazas que se extienden antes y después de la puerta un nudo efervescente de tránsito urbano, se recorta contra los viejos monumentos y las modernas construcciones o se pierde a lo largo de anchas avenidas arboladas.

La pirámide, empotrada en la muralla, se esfuma y se esconde en su color gris para separar calladamente la luz y el movimiento que despliega la ciudad viva y pujante de la penumbra y la serenidad que llenan el cementerio protestante de Roma; cementerio puesto allí contra la muralla aureliana y a reparo de la pirámide para dar sepultura a los cristianos de confesiones acatólicas.


En esta fotografía notamos cómo quedó empotrada la pirámide en la muralla; aquí hace de fondo a una arista del monumento y a la columna.


El corredor que conduce a la cella y que permaneció murado hasta la Edad Media.

SOBERBIAS Y HUMILDES TUMBAS DE ROMA

Caio Cestio, tal vez el pretor mencionado por Cicerón (Filip. III, 26), eligió la forma piramidal para su sepulcro y quiso por voluntad testamentaria que el mismo fuese levantado en menos de un año a contar del día de su muerte; esto está recordado en la inscripción que aún puede leerse en una de las caras de la pirámide. El monumento fue levantado a fines del siglo I a. C.; construído en cemento formado de tufo y malta, descansa sobre una sólida platea de travertino; exteriormente está revestida de mármol blanco. Mide en la base mts. 29.50 de lado y su altura es de mts. 36.40.

En los ángulos del monumento se encuentran cuatro bases para columnas y dos para estatuas en su frente oriental con una inscripción — hoy desaparecida — donde se leía la lista de todos los herederos y explicaba la extraña disposición del testamento. La pirámide con todos sus ornamentos debió parecerse mucho a aquellos monumentales centros de mesa que la orfebrería francesa creara para gloria y prez del Imperio napoleónico a principios del siglo pasado.

Un largo corredor conduce a la cámara funeraria; ésta está revestida de ladrillos los que a su vez, revocados, permitieron el desarrollo de la decoración pictórica; ella se compone, en las paredes, de grandes recuadros encerrados entre candelabros y dentro de esas superficies, se ven — ya muy perdidos — pequeñas figuras de ninfas alternando con vasos lustrales. En el techo, en los cuatro ángulos de la bóveda, cuatro Victorias aladas llevan coronas y guirnaldas; el cuadro central está totalmente perdido. La cella mortuoria mide mts. 4 por 6.

El cadáver de Caio Cestio estaba presumiblemente encerrado en un sarcófago colocado en el centro de la cámara funeraria; él fue único difunto allí sepultado. El corredor de acceso, una vez depositado el cadáver, fue murado y así clausurado permaneció hasta que en la Edad Media los depredadores de sepulturas, destruído el muro que cerraba el corredor, se llevaron cuanto encerraba la cámara funeraria. Los mármoles que la cubrían no tentaron mayormente la codicia de los despojadores de monumentos y así casi exclusivamente por obra del tiempo fue necesario, en 1663, bajo el papado de Alejandro VII, restaurarla externamente.

La pirámide surgía en el ángulo de dos caminos que se reunían a poco de atravesar la muralla dando origen a la vía Ostiense. La mole del monumento sirvió magníficamente a Aureliano como bastión entre las dos puertas que la flanqueaban y así se vio incluída en las fortificaciones levantadas por aquel emperador.

Hoy día para ingresar a la pirámide, es necesario cruzar por el cementerio protestante. Allí, a la sombra de la pirámide, custodiados por la muralla y apaciguado el rumor de la ciudad por profundos cipreses, se encuentran sepultados muchos hombres ilustre. Entre los que allí reposan no podemos menos que recordar a dos altísimos poetas ingleses: Keats y Shelley. Keats murió en Roma en 1821, un año y medio antes que Shelley. Este se ahogó en el golfo de la Spezia el 8 de julio de 1822; su cadáver arrojado por el mar a las playas de Viareggio fue cremado por Byron; los restos transportados a Roma fueron enterrados en ese cementerio. También descansan allí el pintor Enrique Coleman — gran paisajista, hijo de un pintor inglés, que dejó bellísimas telas inspiradas en la campiña romana — y José Severn, también pintor, de quien justamente se conserva en la Ciudad Eterna un célebre cuadro suyo: "Shelley en Roma".

No fue la pirámide de Caio Cestio la única que tuvo Roma en la antigüedad. En la zona del Vaticano se levantó otra que en la Edad Media se le conocía por *meta Romulo* (así como a la pirámide de C. Cestio se le llamaba *meta Remo*). Su construcción era idéntica al monumento de la puerta San Pablo y medía en la base 30 mts. de lado. También se le conoció con los nombres de: *sepulchrum Romuli, memoria, pyramis, meta, pyramis in Vaticano.*

Muy arruinada a mediados del Siglo XIV, el monumento fue adoptado como fortín; finalmente fue totalmente demolida en abril de 1499 por el papa Alejandro VI para abrir la calle que por eso se llama Alessandrina. Los cimientos de esta pirámide aparecieron hace muy pocos años cuando se construyó uno de los modernos edificios que se levantan al norte de la Via de la Conciliazione; se trata de una poderosa platea construída en tufo y malta.

La pirámide del Vaticano se le ve representada en numerosas vistas y plantas de Roma antigua; todavía el Bufalini en el gran plano de Roma que grabara en 1551 indica su lugar, pues fue monumento que siguió viviendo largamente en la imaginación popular.

También está representada en una de las escenas de las puertas de bronce de la antigua basílica de San Pedro que modelara Antonio Averlino llamado el Filarete. Estas puertas son unas de las pocas cosas que subsisten de la antigua basílica constantiniana en la actual basílica de San Pedro.

Hemos estado en la cella funeraria de Caio Cestio y hemos reverenciado siglos de historia y del exótico señor que se hizo construir tamaña pirámide casi no teníamos nada que recibir; junto a las humildes tumbas de Keats y de Shelley hemos agradecido más de una emoción y alguna lágrima de nuestra adolescencia.

Luis **BAUSERO**

(Especial para EL DIA)


Relieve de la puerta de bronce de la basílica de San Pedro. El Filarete empleó varios años en modelar estas puertas que terminó en 1445; su estilo está lejos de la refinada escuela toscana (esto se nota sólo en algunos detalles) pareciendo más bien obra de un escultor del 1300.


En esta fotografía de la pirámide se puede ver una columna levantada sobre la base original correspondiente a uno de los cuatro ángulos. En mitad de la base se ve la puerta de ingreso al corredor que lleva a la cámara funeraria.


Antigua calzada que corre al mismo nivel de la base de la pirámide.


La pirámide de C. Cestio ha perdido mucho de su majestad al levantarse el nivel del suelo que la rodea. Al fondo se ven las dos torres almenadas que defienden la Puerta San Pablo.

CINCO MESES ENTRE LOS

El autor de esta nota, Profesor de Historia en Montevideo, fue a Europa en 1947 disfrutando de una beca francesa y permaneció allí dos años, durante los cuales viajes y estudios ampliaron sólidamente su cultura. En 1949 ingresó en la Secretaría de las Naciones Unidas, en cuyo Servicio de Conferencias trabaja actualmente.

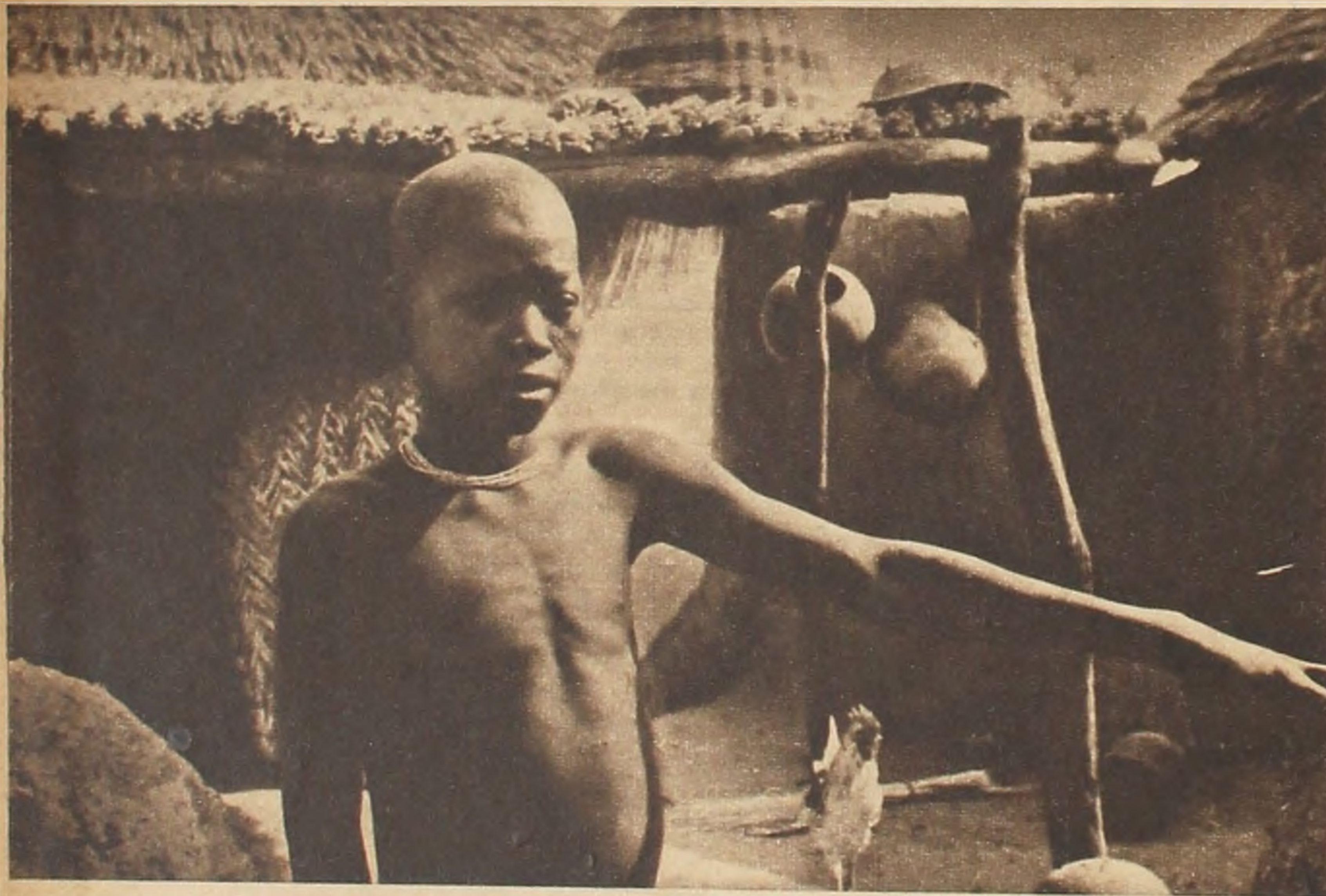
Buen observador, nos da aquí, con fino humorismo, algunas anotaciones, fruto de su reciente experiencia por tierras de Africa.

EL 12 de febrero de 1951 Kwame Nkrumah fue sacado por los británicos de la prisión de James Fort, adonde lo habían llevado sus actividades políticas, y conducido ante el Gobernador de la Costa de Oro, en el Castillo de Christianborg que siglos antes construyeran los daneses junto al mar. En nombre de Su Majestad, el Gobernador le encargó que formase un gobierno en su calidad de jefe del "Convention Peoples' Party", que cuatro días antes había triunfado abrumadoramente en elecciones generales. Así se inició un período de transición política que es excepcional en la historia de los territorios coloniales: seis años después, el 6 de marzo de 1957, el mismo Primer Ministro Dr. Kwame Nkrumah y el mismo Gobernador Sir Charles Noble Arden-Clarke proclamaban la existencia del nuevo "libre, soberano e independiente" Estado de Ghana, nombre con el cual la antigua Costa de Oro, a la que acababa de anexarse el ex Togo Británico, se incorporaba al concierto internacional e ingresaba dos días más tarde a las Naciones Unidas.

Durante esos años anunciadores de la independencia de la Costa de Oro, se planteó un delicado problema a la Organización de las Naciones Unidas. Se había admitido que los británicos gobernaran junto con esa colonia —mediante unión administrativa— el adyacente Territorio en Fideicomiso del Togo bajo Administración Británica, que estaba bajo tutela de la organización internacional. Carente de viabilidad económica y política individual, esa larga franja territorial debía ser objeto de una decisión el día que los británicos no pudieran regirla junto con la Costa de Oro por haber asumido ésta su propio gobierno. En consecuencia, se resolvió que el 9 de mayo de 1956 se realizara en dicho Territorio un plebiscito para que los habitantes —hombres y mujeres con dieciocho años de edad cumplidos— decidiesen si querían que el Togo se incorporase a la Costa de Oro cuando ésta alcanzara la independencia o si preferían continuar bajo la tutela de las Naciones Unidas. La mayoría de votos favoreció la primera de esas soluciones y desde marzo de este año el antiguo Togo Británico forma parte de Ghana.



Anciano dagomba seguido por su acompañante en una aldea.



Jovencita Komba, al Norte de Togo.



Konkombas en una danza de cazadores.

Durante cinco meses, para fiscalizar todo el proceso de preparación y realización de la operación plebiscitaria, permaneció en el Togo una misión de las Naciones Unidas que encabezaba el Embajador Eduardo Espinosa y Prieto (de México), en carácter de Comisionado para el Plebiscito, y de la cual formaron parte trece observadores destacados a todo lo largo del Territorio. El autor de esta nota fue enviado como observador al distrito de Dagomba Nord-Oriental, en los Territorios Septentrionales, y tuvo como centro de residencia y operaciones la aldea de Sunson, en medio de la gran tribu de los dagombas. No había allí ningún otro hombre blanco, y el único habitante que hablaba correctamente inglés fue contratado como intérprete. Un cuidador, un chofer y un cocinero completaron el personal puesto al servicio del Observador de las Naciones Unidas, a quien los indígenas llamaron en su idioma, desde el primer día, Seleminga (hombre blanco).

*

Ese primer día observaba yo los últimos retoques dados a mi "bungalow" redondo, con paredes de barro y techo de paja como una choza gigante, cuando súbitamente vi a mi lado a un hombre de alto porte, vestido con una amplia túnica blanca bordada con hilos dorados y cubierto con algo así como un gorro frigio también blanco. Un largo bastón de mando y la deferencia y unción que demostraban los ancianos y otros acompañantes que le formaban séquito indicaban que era el jefe de la aldea, Sunson Lana (textualmente "el propietario de Sunson" en dagbani, el idioma de los dagombas). Hecha la presentación por un funcionario inglés, quedó iniciada una relación que pronto fue de amistad y que poco a poco me fue revelando en aquel jefe los aspectos de una personalidad surgida de una familia aristocrática habituada a mandar con autoridad y con tacto y a ejercer las virtudes propias de las sociedades primitivas con mucho aún de patriarcal: la generosidad, la hospitalidad, el imperio indiscutido de los valores éticos, un señorial equilibrio de conducta, y también una melancólica conformidad ante los embates de una época nueva que día tras día se impone en pequeños cambios cuyo resultado final no ha de ser otro que la desaparición de tales jefes y su sustitución por marcos administrativos modernos.

*

La aldea de Sunson tiene unos quinientos habitantes. Varias chozas redondas agrupadas en círculo y unidas por cercos de barro forman un "compound" familiar en cuyo centro se realizan las actividades domésticas a cargo de las mujeres, mientras los hombres van al monte, a trabajar la tierra o al mercado cercano. Durante las horas de más calor, y a la del crepúsculo, la gente descansa, conversa y juega bajo los árboles. Frente al gran compound del jefe —que vive con sus dieciocho mujeres— hay una enramada y bajo ella un estrado en el que se coloca el sillón de aquél en las circunstancias solemnes. Una tercera parte de la población es musulmana y, por ser la aldea demasiado humilde para tener mezquita, dice sus oraciones y celebra sus ritos en recintos abiertos. Las mujeres desfilan incesantemente con ánforas y calabazas sobre la cabeza, en fila, hacia los pozos de donde se trae el agua o desde ellos.

Un día elogié la corrección de comportamiento de los hijos de Sunson Lana. Contestó el jefe: "A los padres se les juzga por la educación y la conducta de sus hijos. Yo sé que recaerá sobre mí el juicio que merezcan los míos cuando salgan a recorrer mundo". Reflexión que no está mal en boca de alguien que no sabe leer o escribir. Debo agregar de paso —y ello es típico de ese mundo de contrastes bruscos que es el Africa actual— que el hijo mayor de ese mismo hombre ha terminado sus estudios secundarios en el colegio de Tamale (capital de los Territorios Septentrionales) y lee en latín a los clásicos. Es ahora oficial de reserva y ha de ir este año al Reino Unido para continuar sus estudios en la carrera militar.

La solemnidad y ceremoniosidad de los africanos se alterna constantemente con las manifestaciones de un agudo "sens of humour" que salpica la conversación, crea situaciones de hilaridad, favorece la crítica chistosa y culmina en las imitaciones y farsas burlonas a que ellos son tan dados. El propio jefe solía mostrarse discretamente en alguna situación jocosa como la siguiente. Había regresado a la aldea una de sus mujeres después de una ausencia de dos años (la mujer dagomba que da a luz se retira a casa de sus padres, lejos del marido, hasta que su hijo sabe hablar y caminar, y se dedica exclusivamente a él durante ese tiempo). Trece mujeres más la acompañaban para ayudarla durante una semana a preparar comida para Sunson Lana y para una gran celebración general. En efecto, la joven madre se incorporaba con plenos derechos al grupo de las esposas que ya cocinaban para el marido. Pero una mañana muy temprano recibí la visita de éste acompañado por solamente dos íntimos y con ciertas muestras de secreto. Uno de los acompañantes me preguntó si tendría yo algo "de ese pescado que viene en latas" (sardinas) y si podría cederlo al jefe. Mucho me sorprendió esa gestión de parte de quien frecuentemente me regalaba pavos y gallinas y poseía ganados, pero más grande fue mi asombro cuando se me dijo con nuevos susurros que Sunson Lana tenía hambre y por eso pedía sardinas. Simplemente, ocurría que no comía desde hacía dos días para mejor desarrollar un fuerte apetito y así honrar con proezas de comensal la comida gigantesca que se estaba preparando, pero ante la prolongación del ayuno había contado con mi complicidad amistosa para poder intercalar en él furtivamente unas sardinas.

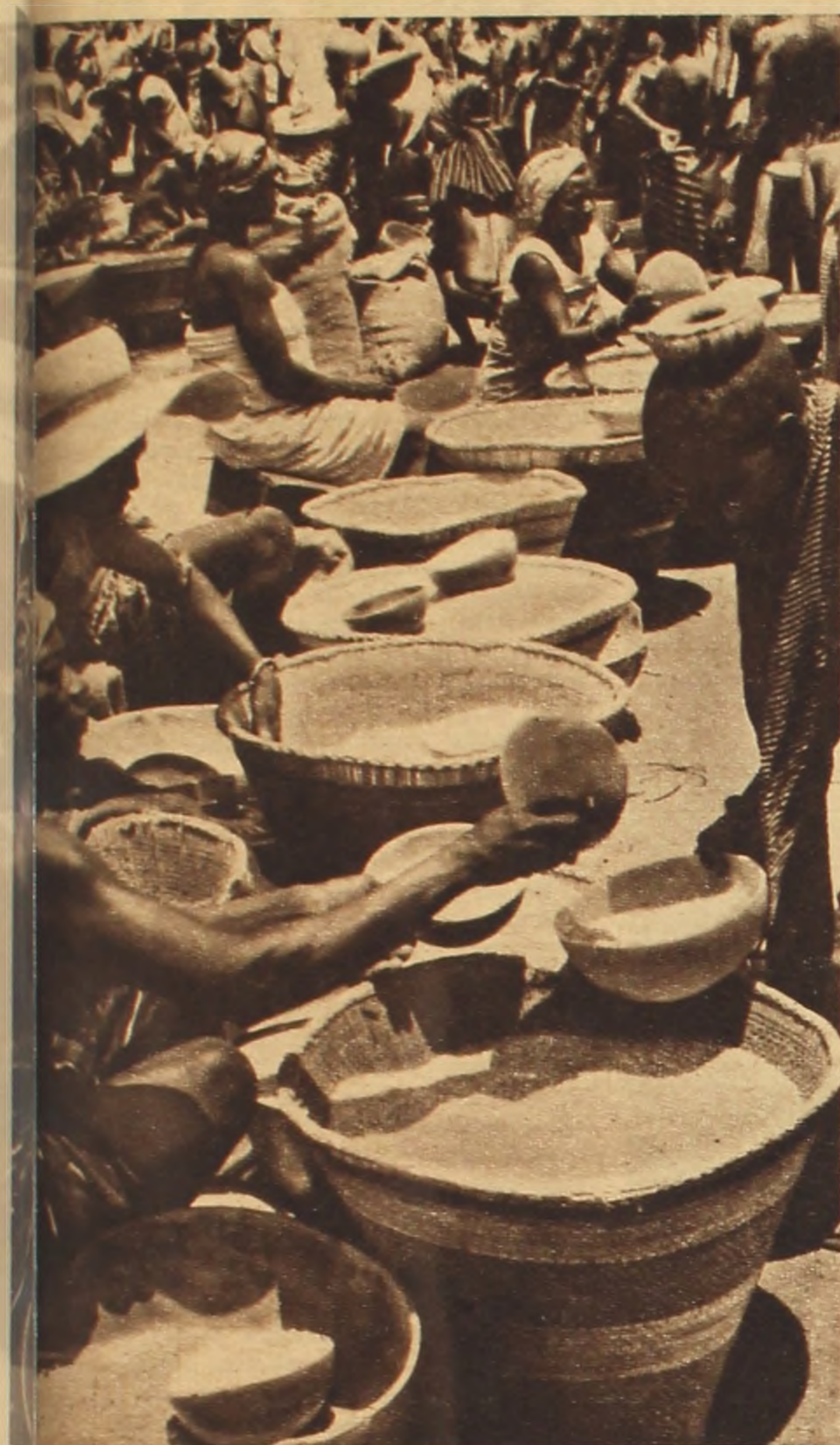
Otro día la visita fue con gran séquito, y alguien traía abrazada una caja de cartón que era blanco de muchas devotas miradas. Ya sentados en la veranda de mi bungalow con arreglo al protocolo local, y viendo que había una atmósfera de tensión y expectativa que se centraba en la caja misteriosa, indagué sobre su contenido. Se me dijo que era un regalo. Contesté que el jefe ya me había abrumado con anteriores obsequios y que me sería difícil aceptar uno más. Respuesta: "El jefe no viene a traer el regalo a usted, sino a agradecérselo". Dije yo entonces que debía haber un error, pues yo no había enviado tal caja de regalo al jefe, a lo cual respondió éste que, ciertamente,



Chozas de una aldea dagomba.



Dentro del "compound" de las m
Lana, alguna de ellas prepara



Mujeres en un mercado, vendiendo granos.



El autor de esta nota es recibido por el Lana (jefe) de Sunson. Foto de las Naciones Unidas.

DAGOMBAS DEL TOGO

e había sido enviada no por mí sino Gobernador. Ya extraviado en esa dialéctica, pregunté la razón de que gradecieran a mí los presentes recil Gobernador, y la contestación fue: agradece a Seleminga el regalo he el Gobernador porque desde que ga está entre nosotros sólo ocurren ldea cosas agradables". Abierta la óse de ella un hermoso jarro suizo veza, de los que tocan música cada se les levanta de la mesa.

*

da de esa sociedad primitiva tiene bíblico en las estampas que cotinte se ofrecen a los ojos. Otras veproxima a lo que podría ser una negra, cuando junto a las mujeres an cántaros y calabazas sobre sus pasan muchachos cuyas túnicas cormbreros de anchas alas evocan per Grecia arcaica. El andar pausado y las largas salutaciones que se inian en sucesivas fórmulas verbales, to que sigue a los ancianos y a las personas de rango, un ritmo general de vida muy antiguo, milenario, compartido hasta por los rebaños de lentísimo paso, el friso permanente de los caminantes a la orilla del camino, todo induce con frecuencia a sentirse destemporalizado y sumergido en lo que ya no existe, hasta que de un modo u otro irrumpe inesperadamente la estridencia de lo moderno en ese cuadro africano de aparente eternidad. Así un día surgieron desde el matorral, por un sendero, ante mi vista, cinco muchachos konkombas con la cara pintada de blanco, con arco y flechas (más que probablemente envenenadas) a la espalda y corriendo veloces sobre sendas y flamantes bicicletas que allí cuestan diecisiete libras esterlinas cada una. ¿Acaso en el mejor hotel de Accra, la capital de la Costa de Oro, el sereno no atendía la puerta de noche también con arco y flechas a su espalda?

En cambio, la multitud de los mercados, lo abigarrado del color, los tipos humanos y el bullicio de esos sitios tienen una resonancia de Mil y Una Noches, y ésta se acentúa aún más cuando bajo sombrilla y con séquitos indicadores de alto rango pasan jefes de tipo sudanés envueltos en mantos multicolores al son de músicas árabes que se tocan en violines de una sola cuerda. Debe recordarse que por más de mil años esos territorios han estado bajo la gravitación cultural y a veces política de los grandes centros mahometanos escalonados desde Marruecos a través del desierto. Cuando el Ya-Na, jefe supremo de los dagombas, recibe a sus vasallos en Yendi, músicas y tambores preceden y siguen a cada uno de los jefes que, sobre ágiles y menudos caballos cubiertos de gualdrapas brillantes, parecen otros tantos Baltasares. El Cercano Oriente se prolonga así para la vista, a través del Sudán, hasta los confines del Africa Occidental.

*

El sur del país es bien moderno y palpita allí la inquietud y la impaciencia con que los africanos quieren absorber los conocimientos, la técnica y las costumbres occidentales. Políticos y estadistas meridionales no ocultan su deseo y su propósito de intensificar en el norte el ritmo de la modernización y de terminar allí con muchos usos e instituciones tradicionales que consideran rémoras en la época actual. En el centro, la región de Ashanti, antiguo reino belicoso y de profunda personalidad, tierra enriquecida por el cacao, trata de mantener su autonomía y de defender sus tradiciones. En los Territorios Septentrionales, los jefes tradicionales resisten cuanto pueden el empuje de la modernización política, pero van viendo ya que sus días están contados.

He aquí un ejemplo. En el distrito colocado bajo mi contralor, el principal sector demográfico lo constituían los konkombas, pertenecientes a una tribu sojuzgada por los dagombas desde hace tres o cinco siglos, según las regiones, carente de la homogénea estructura jerarquizada de sus dominadores y relegada hasta hoy por ellos a una posición subalterna. Hasta hace quince o veinte años el resentimiento konkomba solía manifestarse por espasmos bélicos o pequeñas matanzas privadas. Eso ha dejado hoy lugar a una revancha que adopta la forma de victorias electorales. En Sunson, por ejemplo, los konkombas habían terminado por ganar todas las bancas del Consejo Local en las elecciones. El propio escribiente del Consejo era un mozalbete llamado Ataya Konokomba, quien en razón de su cargo se veía precisado a vivir entre los dagombas de la aldea. La presidencia del Consejo, sin embargo, era ejercida tradicionalmente por el jefe dagomba, Sunson Lana, pero ante la presión ejercida por el líder de los konkombas —un joven maestro de escuela de un lugar cercano— y para demostrar con fino tacto político bien aprendido de los inglese, buena voluntad a sus opositores, Sunson Lana renunció a aquella presidencia y la entregó al maestro konkomba. Hoy día, funciona en Sunson, sitio de población dagomba, un Consejo Local totalmente integrado por konkombas que representan a la mayoría de la población de la región, triunfante en elecciones realizadas mediante el sufragio universal y secreto. Haber preparado a los indígenas en el mecanismo de la lucha política democrática y en la práctica del gobierno local, no es el menor mérito que pueda asignarse al haber de los británicos allí. Es lo que ha hecho posible el surgimiento de Ghana como estado soberano.

*

Hace casi un año que, terminadas todas las tareas del plebiscito, dejé la quietud de Sunson para volver al vértigo de Nueva York. Pero nunca podrán transcurrir años suficientes para que en algunas noches tranquilas no me parezca oír el tam-tam de la aldea o el canto de los niños, para que olvide las danzas a la luz de la luna, para que se me desdibuje la silueta erguida de Sunson Lana dando cordial recibimiento, en las puertas de su compound, a su amigo Seleminga.

Julio C. MARTELL.

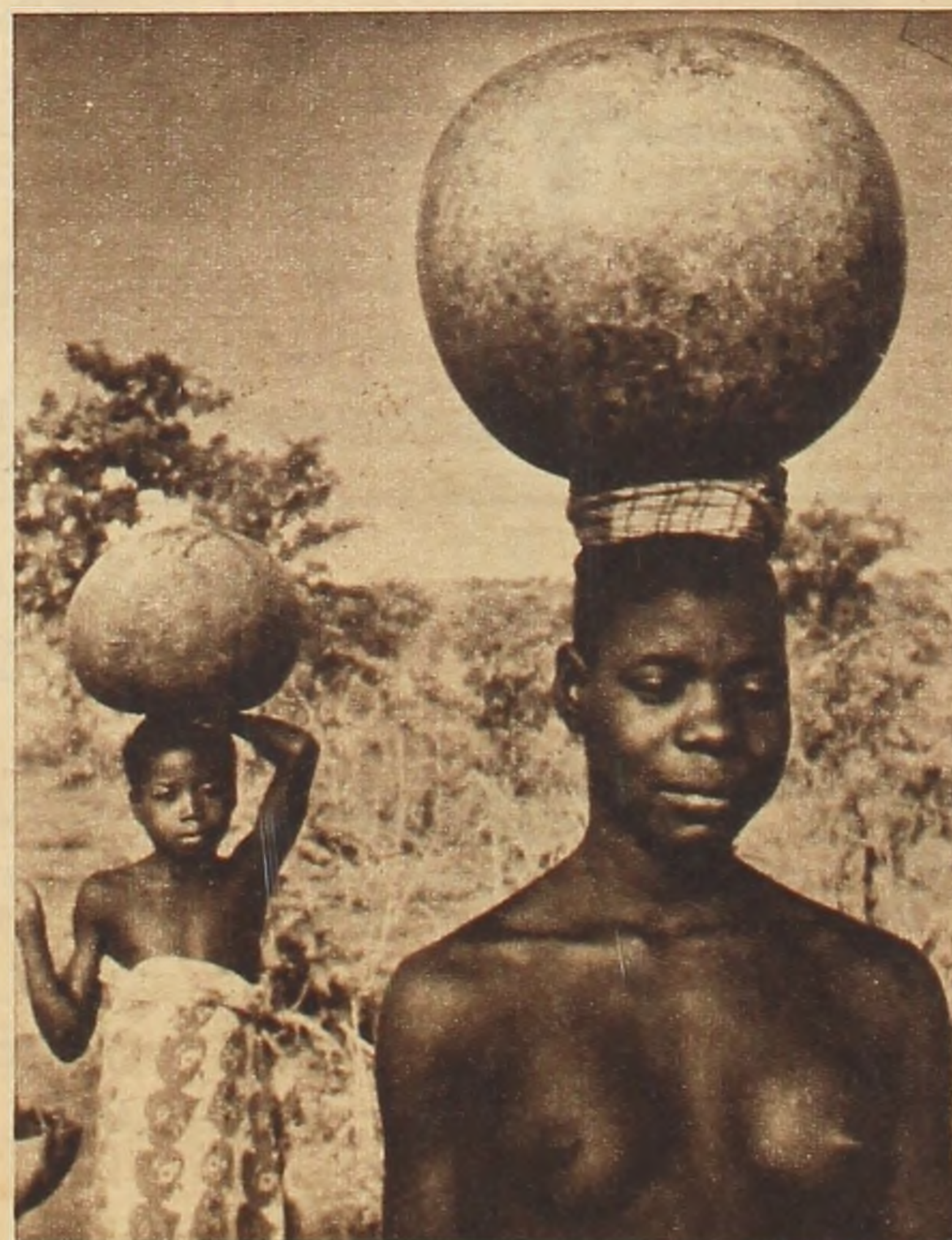
Fotografías del autor.
(Especial para EL DIA).



...de Sunson ...omida.



Los grandes tambores "parlantes" del jefe. Una o dos veces a la semana trasmiten su elogio y hazañas.

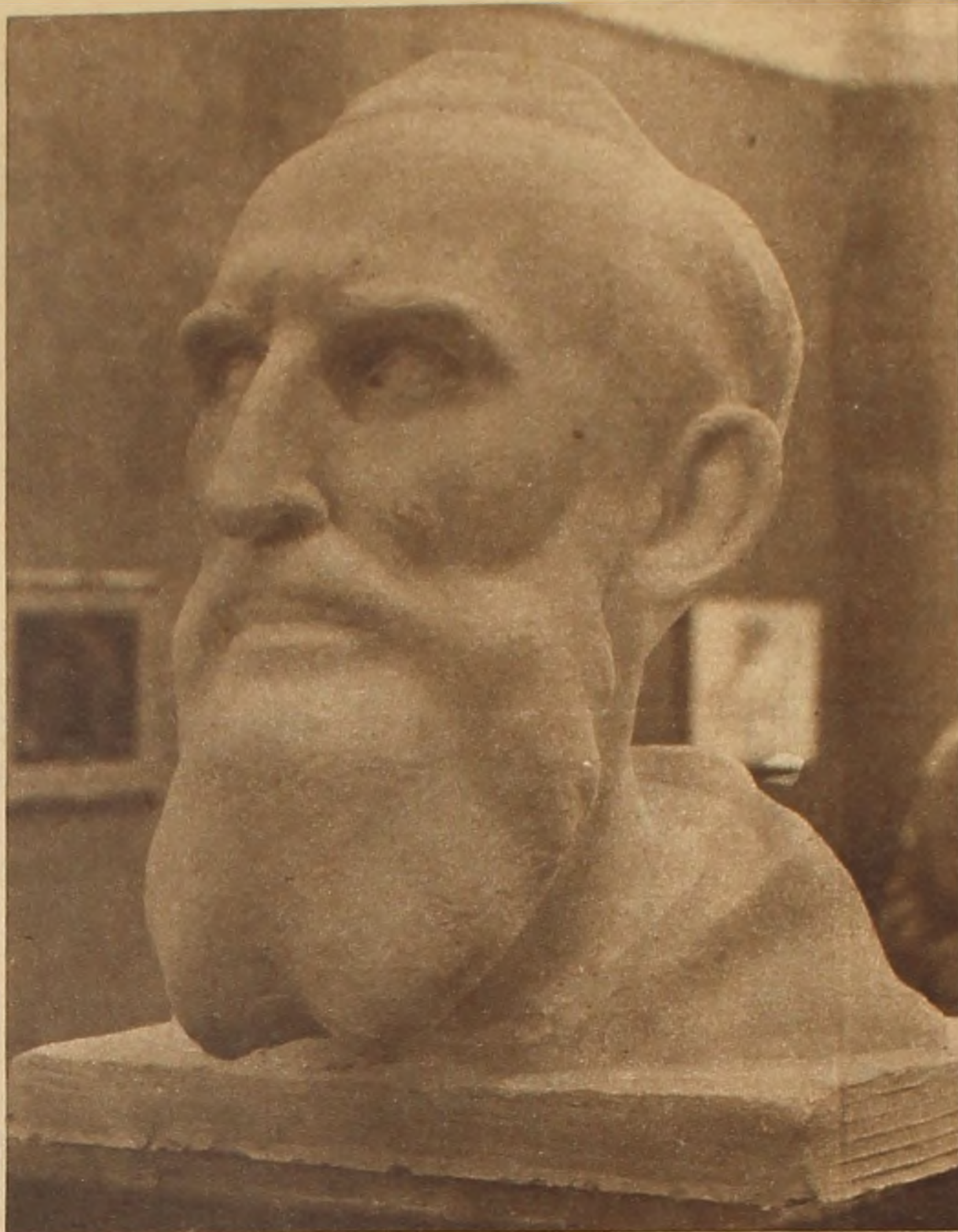


Las muchachas transportan el agua sobre su cabeza en grandes calabazas.

III SALON



"Lluvia". Oleo de Carmelo de Arzadum.



"Fray Domingo". Yeso-escultura de Moller de Berg.



"Lago de Iseo". Oleo de Cúneo.

SE lleva a cabo en el local de la Comisión Nal. de Bellas Artes, la exposición del III Salón Nal. Bienal de Artes Plásticas. En esta muestra, como es sabido, exponen solamente los Grandes y Primeros Premios del Salón Nacional, siendo por lo tanto, una exposición que reviste caracteres de superior jerarquía en cuanto a sus bases se refiere.

El premio consiste en una beca de estudios para viajar a Europa por dos años, y en esta oportunidad le fue otorgado al pintor Costigliolo.

La obra que presenta este joven artista es de la tendencia abstracta y ello nos lleva a pensar que se tuvo esto primeramente en cuenta, antes que la comparación valorativa de las obras que se exponen.

Porque si bien lo figurativo y lo abstracto no deben ser comparados por sus distintas bases, se puede en cambio, verificar, dentro de sus caracteres definidos, los valores que posee una y otra tendencia o mejor, forma expresiva. Estas obras de Costigliolo, que tienen su valor en su aspecto compositivo de planos y disposición geométrica, en cuanto a pintura son frías y faltas de esa sensible vitalidad y calidad

del color. Si observamos atentamente
contenido pictórico, vemos que los to
no son lo limpios que deberían, ni los m
tices son el fuerte, en la variedad que da
a estos espacios, la vibración intrínseca,
no un lugar de efecto en degradé, que
desde el límite del plano, hacia la luz,
otra alternativa ni variante. El color se
pite, como se repite el sistema compositi
Existe ingenio y trabazón en las líneas q
delimitan los planos, y sus cuadros de
tan un deseo de realización bien manifies
Su cuadro "Abstracción", de gran tama
es una acuarela de rígidas formas, de ritm
predominantemente rectos, y que poco p
fundiza, fuera de la objetiva visión de
superficie. No penetra en los planos,
tampoco mueve las superficies con una
ma que los enriquezca. La composición q
ganó el premio, de menor tamaño, se s
tiene más, junto a otras dos de idénti
valores.

En estas acuarelas, Costigliolo va m
dentro de una faz imprevista, y se hace
composición más fuerte.

Es un pintor que sin duda evoluciona
y logrará hallar, un contenido más int
pretativo y expresivo, ya que impuesto
tema de composición, éste puede variar
gún el sentido que desee darle el artista.

Siguiendo con la pintura abstracta, se
ponen dos cuadros de Cúneo, resultado
su último viaje a Europa. Su sentido
color lo puede todo en estas telas y la
traordinaria vivacidad de éste, predomi
más que el juego geométrico a que le
pone. Sus otras telas expresivas, paisa
que ya comentáramos en su pasada mu
tra, denotan al pintor que busca nuevos ru
bos, dentro de una interpretación más
turalista. En estos paisajes, la fuerza colo
ta, y la composición rítmica, están enriq
cidas por la intensidad luminosa y la
bración que le imprime por medio de
toque.

Zoma Baitler, muy bien representado.
paisajes varían, no sólo el tema, sino
facultad pictórica. Su "Atardecer en la
na La Valencia", y "Callejón fabril", son p
sajes donde los planos se escalonan
frontalmente, y han requerido al pintor
máximo de densidad en la materia empl
da, tratada en fuertes pinceladas, seguras,
sólido color, donde el tema impone el gr
so empaste, amasado en la forma variad
rica de ocres, rojos y verdes. En su t
"Bahía de Montevideo", obra de panorám
paisaje marino, cerrada en azules den
donde la luz comienza recién a abrir el
rizonte, y la niebla fusiona barcos, muel
grúas... Problema difícil a resolver, y n
dentro del naturalismo impresionista,
es la técnica empleada. "El astillero", pin
ra de sencillo tema, rudo y veraz, fuer e
color y con cierta inquietud de gracia,
en el dibujo de las pequeñas lanchas.

Guía de oferta

NACIONAL DE ARTES PLASTICAS

ielo en grises plomo, y un mar verde, in-enso, y en consonancia con el rudo motivo ue interpreta.

Carmelo de Arzádum, nos muestra sus avoritos temas de paisaje y médanos, y ambién sus no menos sabrosas y sensibles istas desde la ventana. No acompaña a uestro entender el mismo valor, su obra El Espada", donde la figura no se halla ien plantada, ni menos sostenida pictóri-amente. Además, le falta calor al tema, e falta verdad, aunque lo que haya pinta-o sea la "hora de la verdad"... A cam-io, sus cuadros, "Lluvia" y "Arboles en lor", finos y de transparentes matices, don-e alternan las figuras en su justo ambiente, en que la atmósfera rodea al motivo de n hálito directo, su valor es mucho más locuente, pues su sentir se trasmite y se simila, fundiendo el tema y su interpreta-ión, en una pintura de sabor.

"Las nubes" es un cuadro más entero: onstructivo, y de pintura neta. El cielo es-á logrado, y a pesar de la liviandad de la rena, en el plano inferior, se sostiene por a interferencia de sólidos verdes en el cen-ro. Además, la expresividad del paisaje es ugerente.

Pocas veces hemos visto un conjunto de bras de Pagani como el presente. Pintor olorista, posee la trama compositiva que mplea con vigor y carácter. Su tela "Navi-ad", es una de las mejores del Salón. De omposición en curvas que centran y apre-an los elementos que son el motivo del uadro; escalónanse los planos de color, y ste se manifiesta en forma que el concep-o del pintor, vierte el espacio de luz nece-ario para que el ojo se detenga, y luego odee, las medias tintas y sombras, alter-adas con gráficos detalles que enriquecen se conjunto de vida muerta, que ha agru-ado el pintor, junto a detalles humanos, ara acreditar el tema, sin rebuscar ni caer n un pseudo sentimentalismo. Además, sto es pintura, con todos sus elementos. Dentro de su carácter geométrico, y al mis-no tiempo de expresivo naturalismo, las for-nas no dejan de ser plásticas por obedecer una regla de composición, ni el color pier-le fuerza, por estar sobriamente controlado, in dejar nada al albedrío, a la improvi-ación.

El "Bodegón", más oscuro y enlazado, si-ue los pasos del anterior y "El retrato de n pintor", no hay duda que el autorretrato asa a otra escala del artista: el colorista le época azul. Vívido color que no descui-la un solo plano: armonía en azules que unque no alcance la plasticidad de sus nom-rados cuadros anteriores, es una nota pic-óricamente fresca, y que da un problema spacial resuelto. "Cartón para un afresco", bra de gran tamaño, le encuentra realizan-lo un conjunto que rige por características le americanismo, ya que los componentes parecen estar interpretando diversas formas del folklore, con sus vestimentas nativas, y sus instrumentos musicales. Es una pintura que posee un símbolo a plena vista, y que además, está ejecutada con liviandad y simplicidad de materia, abundando los espacios rayados, muy bien rayados, que denotan la penetración del pintor en esta técnica. Siniscalchi ha enviado sus cuadros, marcando un paso más hacia la pintura expresiva. Existe la abstracción justa, que no desea evadirse del tema, ni mantener un naturalismo objetivo. Es sugerente su colorido, al mismo tiempo que puesto a todo empaste, y lo más puro posible. Su composición se hace frontal por momentos, y se advierte nítidamente el sentido neto de las verticales y horizontales, como guía para delimitar sus planos, casi siempre trazados en rectas. Además, agrega Siniscalchi, cierto misterio en sus tintas, y en ese contraste tajante de luz y sombras. María Rosa de Ferrari, si bien presenta una figura casi del tamaño natural, en dos planos, y se impone un tema arduo, sale airosa, sobre todo en algunos detalles del fondo, donde se advierten sus dotes de pintora mucho más certeramente. En sus otros cuadros de figura, "Composición", por ejemplo "El Balcón", usa los espacios geométricos, y logra sin duda una gracia estática, que favorece su inclinación a matizar los espacios. La imaginación entra aquí a suplir el naturalismo de modelo, y se interna en armonías, donde los espacios son llevados con líneas sobrias y rítmicas. Su paisaje no está a la altura de las obras de ese carácter que le conocemos, aunque posea su intento de composición. El colorido sin variantes, no sostiene una obra que aborda un motivo de casas tomadas bajo una perspectiva difícil. Presno envía un conjunto de ritmos abstractos con tonos de cierta calidad, y Mussetti sus acuarelas naturalistas, dentro de un cerrado colorido ya característico en él. Gurewich, intensifica el color, y deforma las formas en deseo de evolucionar, pero su esfuerzo se traduce en una nota de superficial contenido. Algún paisaje puede más, por el tema. Solari en dibujo, con sus máscaras, en fuertes notas de sombra y luz, en técnicas apropiadas al tema, desarrolla esas escenas que parecen dirigirse al público, diciendo su motivo. Frangella, con unos dibujos de toques sensibles y de gracia gala, dan a la sección dibujo y grabado, totalmente falta de envíos —se sobreentiende, porque no se ha aclarado aún, qué premio pueden lograr estas secciones en una Bienal— un poco de vida. Lo que no se concibe es lo que ha pasado con la escultura.

Se han enviado sólo cuatro obras. Tres del escultor Moller de Berg, y una —fuera de concurso— del escultor Posse, que ganara la primera Bienal. Y las obras de Moller, no le representan como pudo haberlo estado. Si bien su cabeza de "Fray Domingo" y su "Leda", poseen virtudes —no podía ser de otra manera— no alcanzan a justificar a un escultor que como Moller, pudo haber realizado un fuerte envío, ya que la Bienal constituye la principal exposición nacional, y la consagración puede decirse de reconocimiento tácito a la obra

La cabeza está modelada —pudo haber ahondado más— y expresiva, y la "Leda", en una graciosa actitud —sin cisne— nos dice de su conocimiento de las formas, rotadas y de superficies tersas.

En cuanto a Posse, la cabeza de niña es una de sus buenas obras: modelada con sensible tacto, y a la vez rotunda forma. Nos queda por comentar las obras de Halty, al que no logramos entender. Ni su técnica. "óleo y masilla sueca", ni su concepto. Su obra es pesada, la composición no se sostiene en todos sus planos, y el matiz esta lejos, y por lo tanto, indescifrable el motivo que rige la trama. "La Batalla", cuadro de gran tamaño, esfuerzo grande, es una pintura de efecto visual, por la rudeza de los colores; pero esos negros, amarillos y azules, así como blancos, no se hallan agrupados para descifrar un tema y se amontonan y enlazan entre sí fuera de la órbita pictórica: el orden. "Artigas", está más definido, pero no vemos a qué conduce el concepto empleado, cuando no da una expresión más rotunda y plástica. Recordamos sus envíos al Salón Municipal, mucho más pictóricos y sugerentes de color. Echave envía sus telas en colores tenues y blancos. Esto podría ser una gama, pero su dibujo, la ejecución, la forma de colocarlo y su composición, ablandan, deshacen el cuadro. Además sus temas, deformando las figuras exageradamente, no le ayudan. El retrato con el gato, posee más expresividad y sensible contenido intimista.

Eduardo **VERNAZZA.**

(Especial para EL DIA).



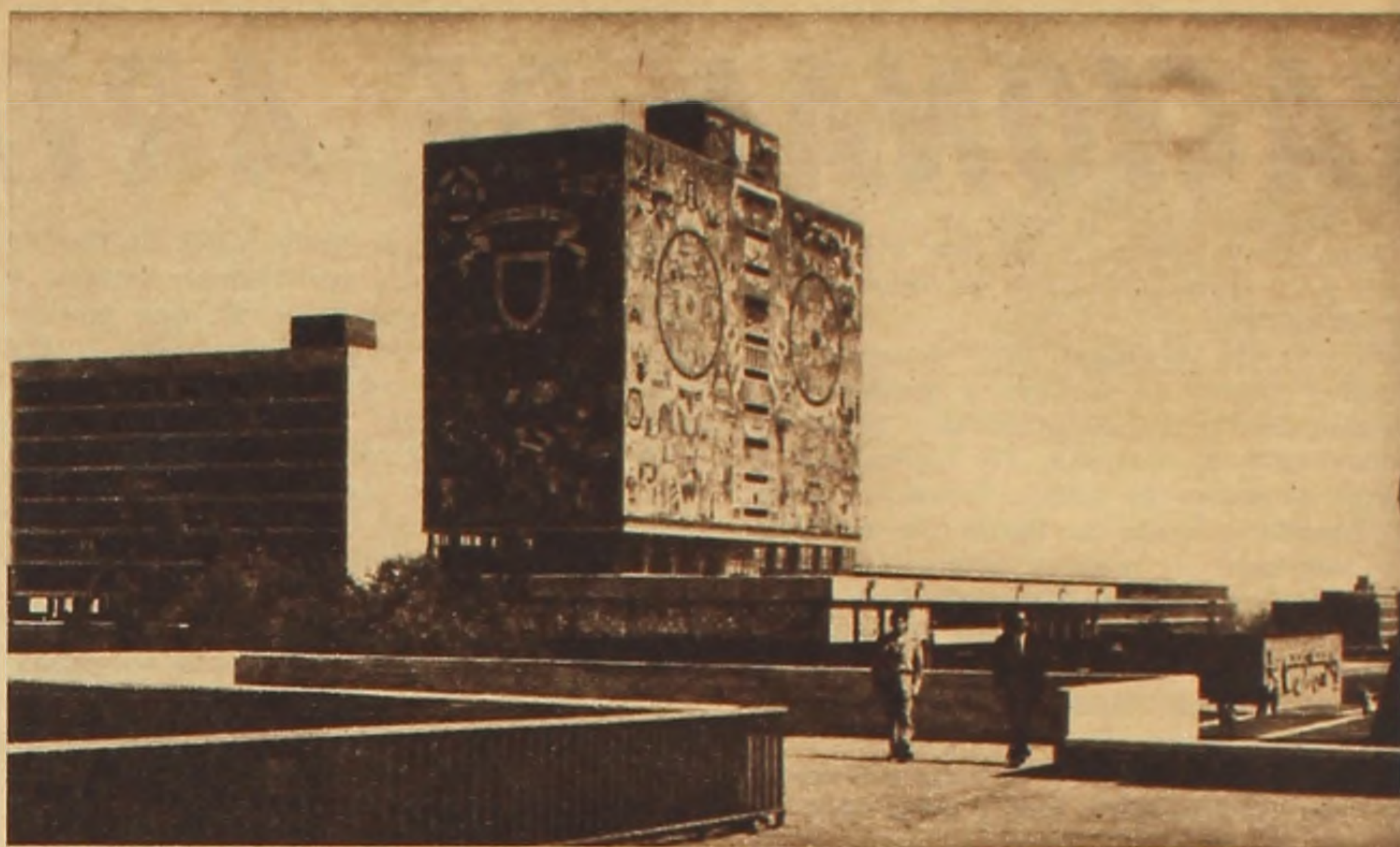
"Navidad". Oleo de José M. Pagani.



"Retrato". O'eo de María Rosa de Ferrari.



Una visita de la Torre de Ciencias.



El edificio de la Biblioteca y el de Humanidades desde la terraza de la Rectoría.

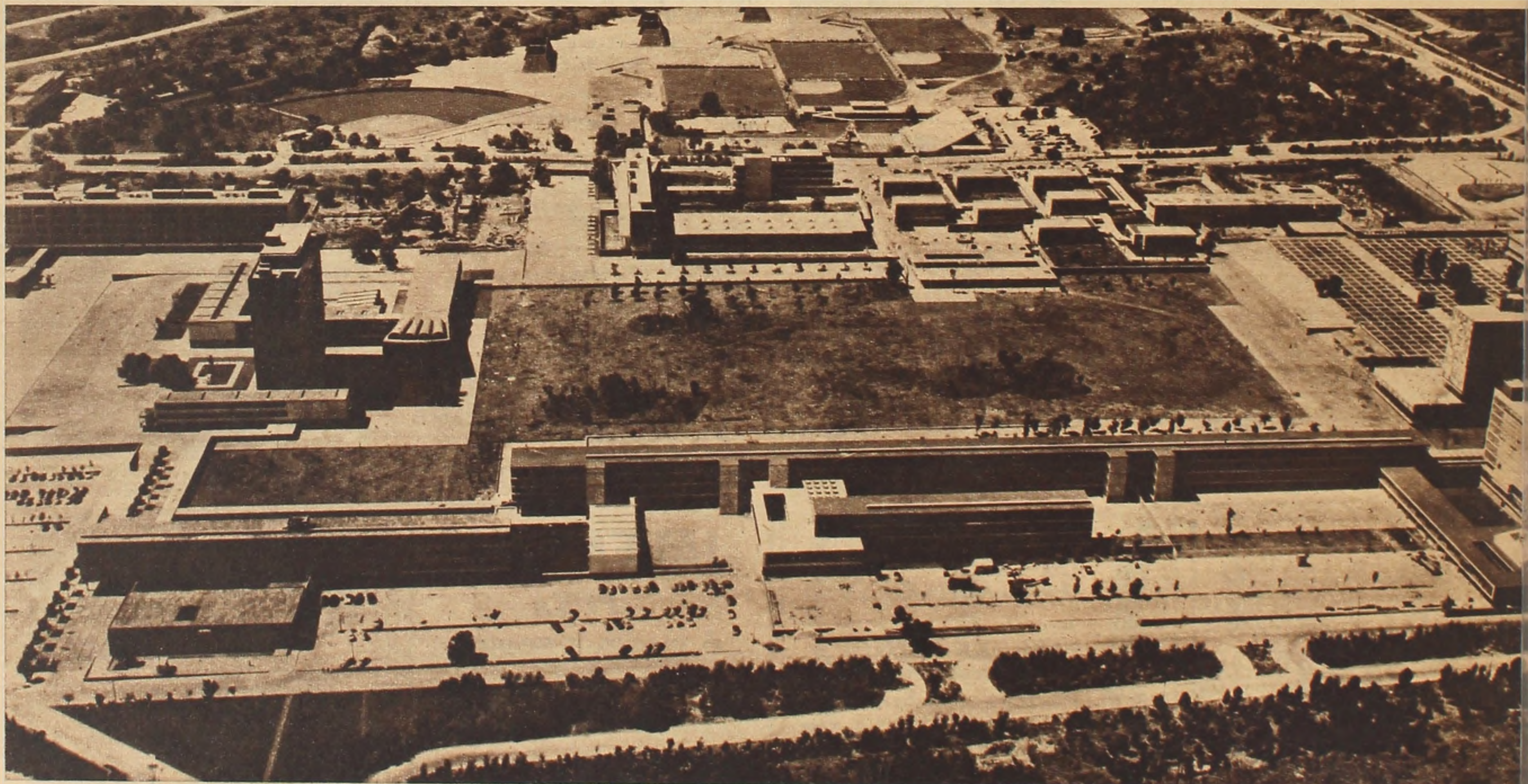
LA CIUDAD UNIVERSITARIA DE MEXICO

USTED no conoce México, lector. Esta es una metrópoli que se extiende por casi treinta kilómetros de Norte a Sur; que aloja cuatro millones de habitantes, y que se encuentra situada en una vasta planicie rodeada de montañas, a dos mil doscientos metros sobre el nivel del mar. En algún artículo anterior mostramos a usted una vista aérea de esta capital con su casi interminable conjunto de larguísimas calles y edificios, y con sus centros comerciales erizados de rascacielos. Pero usted no vio lo que hay más al Sur, hacia donde la famosa Avenida de los Insurgentes se convierte en la carretera a Acapulco, puerto de recreo sobre el Océano Pacífico. Lo que hay allí, en los extremos límites de la ciudad, donde el terreno ya empieza a elevarse rumbo a las montañas, es una extraña zona creada por la ira milenaria de un volcán: el llamado Pedregal de San Angel; vasta región cubierta por la lava de una infernal erupción del ahora extinto volcán Xitle, que debe haber tenido lugar hace tres o cuatro mil años, y que produjo, en las orillas mismas de la ciudad, uno de los paisajes más extraños e impresionantes que pueda imaginarse. Allí mismo, a uno y otro lado de la Avenida de los Insurgentes, en un lugar excepcional donde la lava volcánica no cubrió la tierra, fue donde nuestra universidad obtuvo los doce millones de metros cuadrados necesarios para fincar su actual ciudad.

El terreno, claro está, era sólo el comienzo de la gran empresa. Faltaba el proyecto; la gran concepción arquitectónica. Esa surgió de varios concursos llevados a cabo y de la colaboración de los alumnos y maestros de la Facultad de Arquitectura: especialmente de los alumnos. Se elaboró un proyecto de conjunto, se formó un patronato para la realización y financiación de las obras; se puso la marcha de los trabajos generales de construcción y de organización en manos de un activo planificador; el arquitecto Carlos Lazo y por fin, el 5 de junio de 1950, se iniciaron las obras de construcción de la Ciudad Universitaria de México.

Pero aquello no era sino un vasto desierto rodeado por una muralla de basalto. Sola, como testigo de una tarea casi imposible, surgía de la tierra la torre del Instituto de Ciencias; el primer edificio que empezó a construirse. Alrededor de ella, monstruos mecánicos y hombres como hormigas removían la tierra y acondicionaban para la obra aquellos millones de metros cuadrados, en una tarea egipcia que hoy ya empieza a olvidarse. Una tras otra fue[...] surgiendo las escuelas e institutos, los [...]ficios deportivos y los de oficinas; la To[...] de la Rectoría que señorea con sus d[...] pisos todo el magno conjunto; el sistema [...] circulaciones y de estacionamientos, las [...]zas y los espacios verdes. Hoy existe [...] Ciudad Universitaria y se diría que sie[...]pre había estado allí, y que no había c[...]tado esfuerzo alguno el hacerla apare[...] —inventándola con las manos— de aque[...] isla abandonada entre la lava del volcán[...]

Casi treinta mil estudiantes cursan [...] cuenta y seis carreras en ese enorme c[...]junto urbanístico y arquitectónico, cuyo c[...]to superó los doscientos millones de pe[...] y cuya pura presencia física ha modific[...] sensiblemente el tejido urbano de los al[...]dedores, prolongando la ciudad hacia el [...] hasta una longitud máxima de unos trei[...] kilómetros de punta a punta, ¡qué lejos [...]tamos del viejo barrio universitario, en [...] apenas ayer! Sólo unos quince kilómet[...] al Norte, pero cien años atrás; como si f[...]se cosa de otro siglo y de otro país. Ha s[...] tan brusco el cambio que incluso a los [...]tuales estudiantes de la CU (así se le lla[...] a la Ciudad Universitaria) ya les parece [...]gendario y hasta cierto punto improbable [...] antiguo barrio de las escuelas en el c[...] hasta hace sólo tres años había gente es[...]diando. Los de cursos superiores sí tien[...] tras de sí el viejo pasado de la Universid[...] pero procuran olvidarlo, y hacen bien, p[...] que en verdad se trata más de una pe[...]



Conjunto de la Ciudad Universitaria viendo hacia el Sur. En primer término: los edificios de Humanidades y Comercio; la extrema derecha, la Torre de Humanidades; la Biblioteca y la Rectoría; a la izquierda: el edificio de Ciencias. Al fondo: las Escuelas de Ingeniería, de Arquitectura, y el Museo de Arte. Más al Sur los terrenos deportivos.

dilla que de una tradición, pese a sus notas de romanticismo y a los recuerdos personales con los que cada cual puede teñirlo, y ¡qué difícil fue librarse de él, y cuánto sacrificio de cada universitario tuvo que sumarse trabajosamente hasta lograr lo que tenemos ahora! Bien tenemos derecho hoy de mirar al porvenir y no a un pasado del que nos costó tanto sacudirnos.

Ahora usted, lector amigo, está con nosotros en el piso más alto de la torre de la Rectoría, y hace un día maravillosamente claro, como los que son frecuentes en esta región del Valle de México, libre ya de los polvos y los humos de la ciudad propiamente dicha. Estamos, como diría nuestro poeta Ramón López Velarde, en "la región más transparente del aire", y podemos hacer con la mirada una vuelta completa de horizonte. Al Norte se distingue un poco borrosamente la silueta de la ciudad de México, con rascacielos que se disuelven entre la bruma; al Oriente, un tanto pálidas, pueden distinguirse dos cumbres perpetuamente nevadas; los dos volcanes señores del valle, que conservan sus nombres aztecas; el Popocatépetl y el Iztaccíhuatl —no es necesario que trate usted de pronunciarlos—; al Sur están el Ajusco —alto monte que algunas veces llega a coronarse de nieve— y el Xitle, viejo y aplastado volcán responsable de este inmenso desierto de lava. Y al Poniente, las montañas que nos separan del vecino Valle de Toluca. Pero veamos ahora lo que tenemos a nuestros pies: la propia Ciudad Universitaria. A' nuestra izquierda se yergue otra torre de menor altura; la Biblioteca Central, decorada toda ella con mosaicos en piedra. Un poco más lejos se levanta otra construcción de menor altura; la llamada Torre de Humanidades, con la que se inicia el conjunto de edificios de las Escuelas de Filosofía y Letras, de Jurisprudencia y de Economía, separándose al fondo la Escuela de Comercio y Administración. Más al fondo se distinguen la Escuela de Odontología, y la enorme Facultad de Medicina, que junto con la Veterinaria cierra el conjunto hacia el Oriente. Pero nos impide el verla completa otro de los importantes conjuntos de la Ciudad Universitaria: la Escuela y los Institutos de Ciencias con su gran torre, segunda en altura después de la Rectoría. Ese fue, como decíamos, el edificio con el que se inició el conjunto, y el primero que fue terminado. Más al fondo, pero a la derecha, puede usted ver los edificios del Instituto de Geología —no olvidar que somos país minero y petrolero—; la Escuela de Química, y el Instituto de Biología junto a la Escuela Veterinaria.

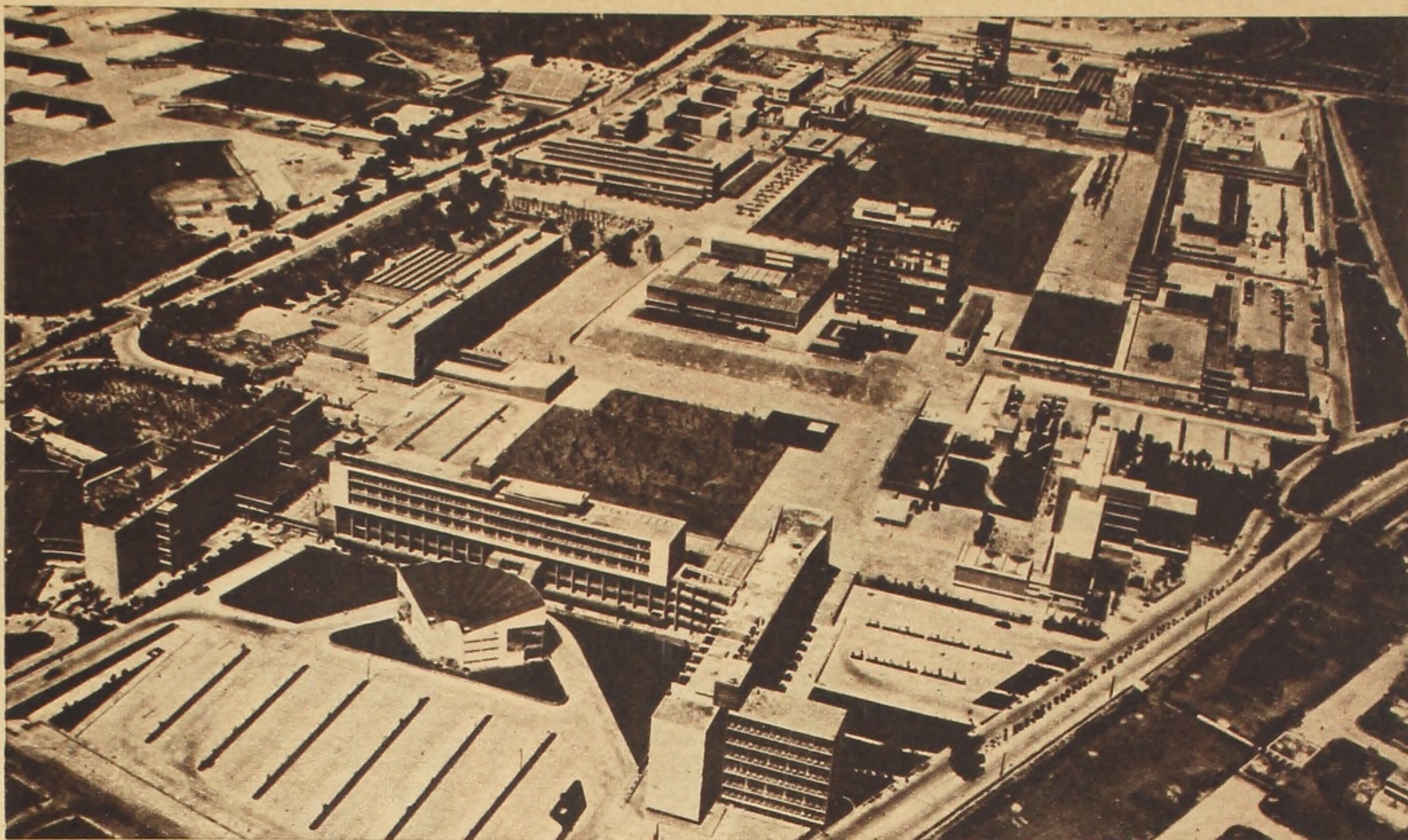
Pero, entre nuestra elevada atalaya de observación y la casi gemela Torre de Ciencias, se extiende el vasto "campus" de trescientos cincuenta metros de largo por doscientos de ancho en cuyo centro hay un pequeño bosquecillo. Al continuar en nuestra vuelta panorámica, veremos a la derecha y al fondo, contigua a Geología, la Escuela de Ingeniería, y cercana a ella, el curioso conjunto de la Escuela de Arquitectura, concebida por razones de su particular plan de estudios, como una serie de pequeñas escuelas asociadas entre sí, con un centro administrativo, un auditorio, una biblioteca y un Museo de Arte anexo. Y mucho más lejos y hacia el Sur se despliega en terrenos tan extensos como los de la propia zona escolar, la sección deportiva con su inmensa alberca —una de las mayores del mundo—; con sus frontones de diversos tipos, sus campos de fútbol, su estadio de entrenamiento, su diamante de beisbol, y sus servicios generales de baños y vestidores. Para cerrar el conjunto de la Ciudad Universitaria, podemos ver finalmente desde la Torre de la Rectoría, al otro lado de la gran Avenida de los Insurgentes, el Estadio Universitario, notable obra de original construcción, con una capacidad cercana a los setenta mil espectadores, y un gran despliegue de circulaciones y espacios de estacionamiento en torno suyo. Y más lejos, hacia el poniente y hacia el sur, ya estamos en las montañas, y aparecen los bosques de pinos, y el Valle de México termina.

Esta es pues a grandes rasgos, y vista desde la altura del vuelo la flamante Ciudad Universitaria, la más grande del mundo, en la que tienen puestas tan elevadas esperanzas los universitarios de México. Es una profecía, una cosa para el futuro, cuya trascendencia nacional sólo puede vislumbrarse aquí, en ésta que es la región más transparente del aire; entre los dos Océanos, en la tierra de los volcanes que duermen, a más de dos kilómetros de altura sobre el nivel de los mares: cercanos a las nieves perpetuas. Y allá atrás, en cambio, en un pasado que se diría alejado siglos enteros de nosotros, se queda, abandonado ya, aquel viejo barrio universitario tradicional y quizá romántico, pero que con los años resultó inadecuado para las grandes metas que se ha fijado México, y para las ambiciones y los ideales de la Universidad más ilustre y más antigua del Continente.

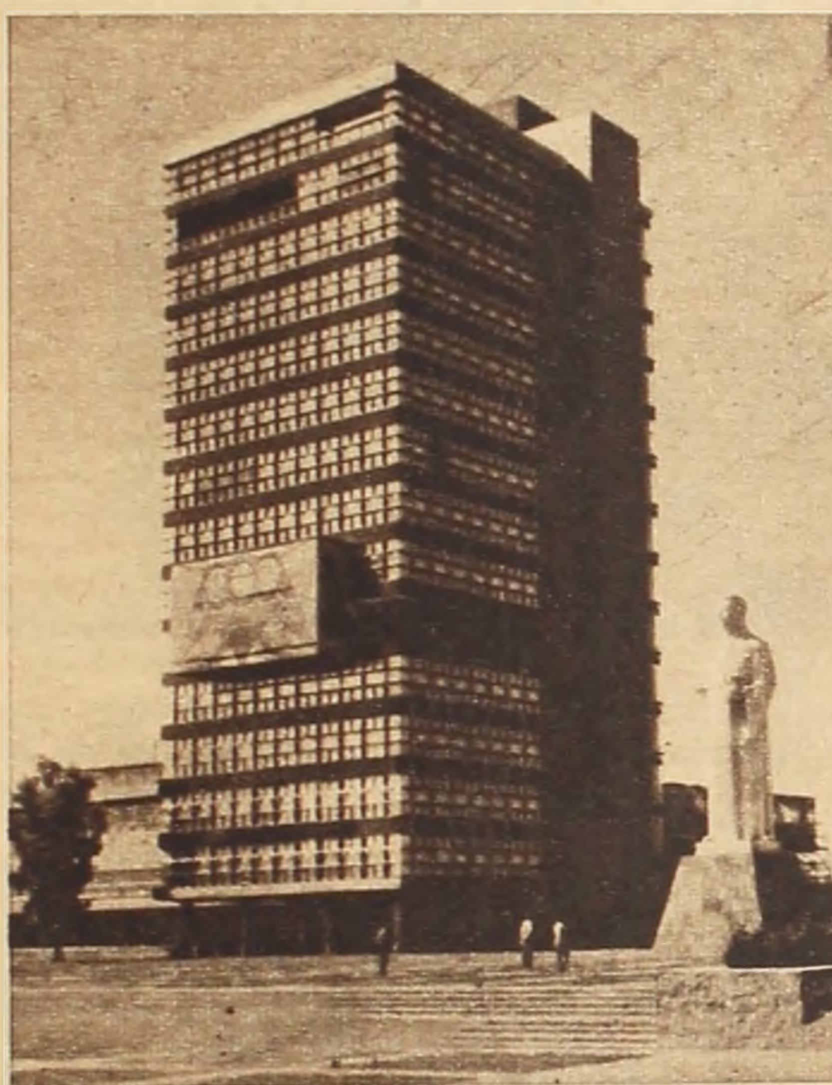
Arq. Mauricio ***GOMEZ MAYORGA.***

México, 1957.

(Especial para **EL DIA**).



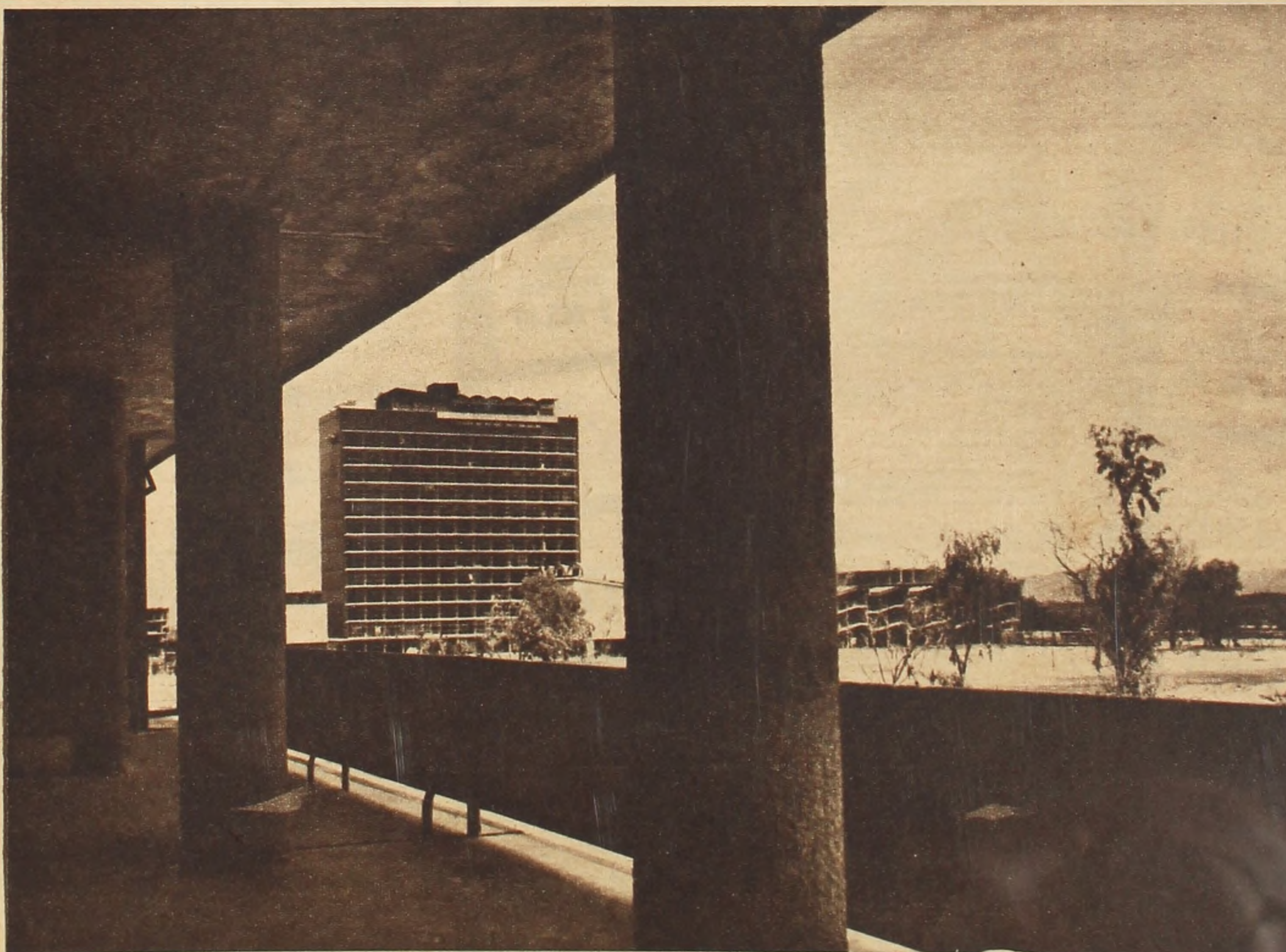
Otra vista de conjunto de la Ciudad Universitaria de México viendo hacia el Poniente: en primer término las Escuelas de Medicina y Veterinaria; en el centro, la Torre de Ciencias; a la derecha, Humanidades; a la izquierda Ingeniería y Arquitectura; al fondo, la Rectoría. Más atrás, el Estadio Universitario.



Rectoría con la estatua del Presidente Miguel Alemán, a la derecha.



El Prometeo, del escultor Arenas Betancourt, en la explanada del edificio de Ciencias.



La Torre de Ciencias vista desde el edificio de Humanidades.

INFORMACION GRAFICA



María Teresa García Romaní, la precoz niña de ocho años de edad, ejecutando al piano algunas obras de su extenso repertorio, por Radio América, que viene realizando todos los lunes del mes de mayo, de 10 a 10 y 15 de la mañana. El próximo domingo, 26 de mayo, también dará por Radio Nacional, de 17 a 17.30 en la fonoplatea de esta emisora, una audición de piano que será trasmitida. Estas emisiones son auspiciadas por la Azafranera Española, distribuidora, para todo el Uruguay, de las especias marca "La paella". Con tal motivo se le hará un regalo a todo concurrente a este acto.



La Conferencia de Bancos Centrales, auspiciada por el Comité de Comercio, fue clausurada, llegándose a conclusiones de sumo interés para transformar el actual régimen de comercio bilateral.



La visita del almirante Arthur W. Radford, presidente de los Estados Mayores conjuntos de EE. UU. dio lugar a una serie de ceremonias, entre las que destacamos la ofrenda realizada ante el monumento a Artigas.

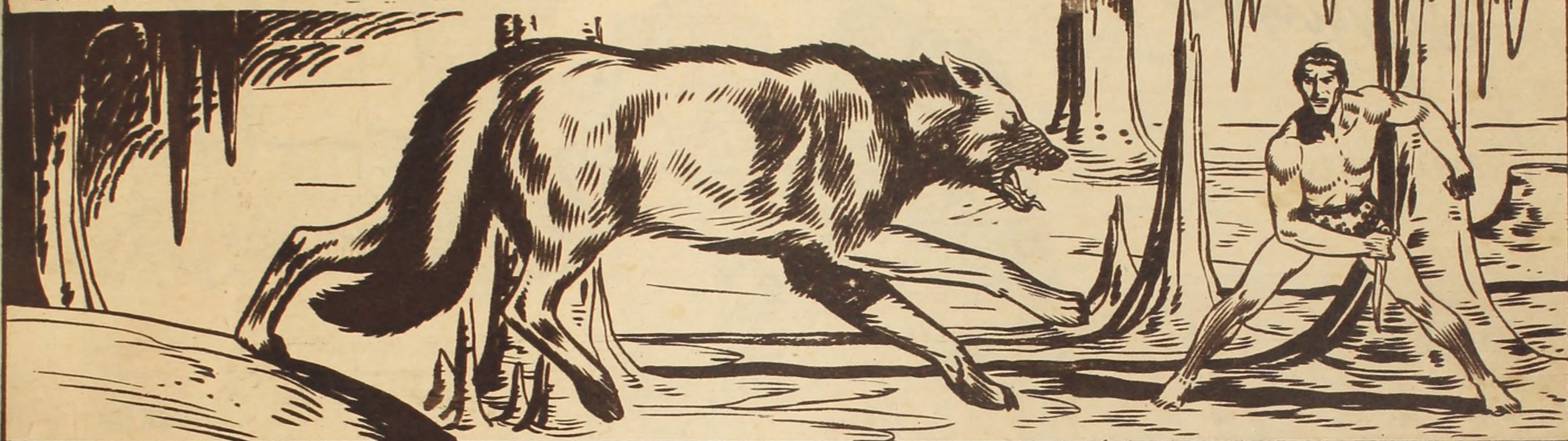


En el primer aniversario de la muerte de don Eugenio P. Barotthio, sus compañeros en la Comisión de Homenaje al doctor Alfonso Espínola, fueron al monumento del Prado, y junto a la exedra, obra del arquitecto nombrado, hicieron una sentida evocación.


Tarzan
por EDGAR RICE BURROUGHS
PRONTA PARA ATACAR, LA GROTESCA FIGURA DE FENRIS BRILLÓ ANTE EL SEÑOR DE LA SELVA!




CON REPUGNANCIA, PERO IMPÁVIDAMENTE, EL HOMBRE-MONO SE PREPARÓ PARA LA BATALLA.


UN ESPANTOSO RUGIDO RESONÓ EN LA CAVERNA. ENTONCES CON LOS DIENTES AFUERA, EL MONSTRUOSO LOBO SE ABALANZÓ SOBRE SU PEQUEÑO ENEMIGO.


DICK VAN BUREN JOHN CELARDO
TARZÁN RESBALÓ EN ESE MOMENTO, PERO SE LAS ARREGLÓ PARA EVITAR HACERSE DAÑO.


DESPUÉS DE ROMPER UN CARAMBANO, LO CALZÓ ENTRE LAS HÚMEDAS MANDÍBULAS DEL LOBO!


EL ANIMAL PELEÓ Y RUGIÓ PERO SIN ÉXITO. PORQUE EL HOMBRE-MONO LO HABÍA DOMINADO PARA MATARLO.
1327